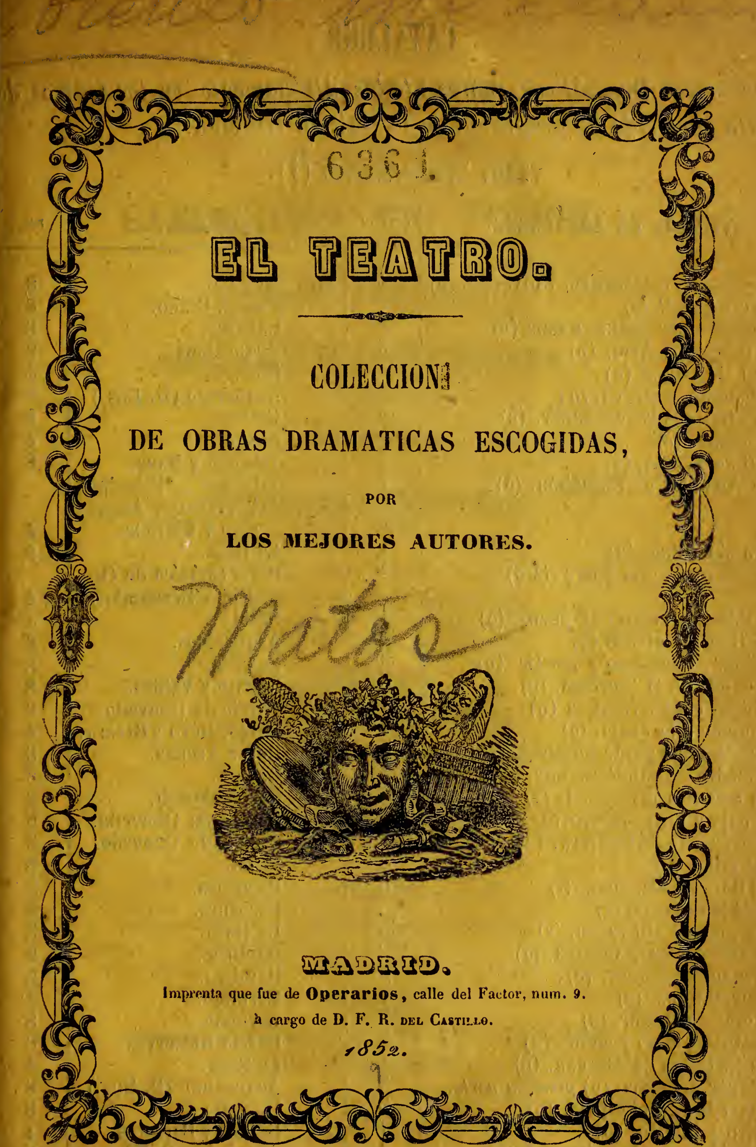


EL TEATRO.

COLECCION

DE OBRAS DRAMATICAS ESCOGIDAS,

POR

LOS MEJORES AUTORES.

Matos

MADRID.

Imprenta que fue de **Operarios**, calle del Factor, num. 9.

à cargo de D. F. R. del Castillo.

1852.

CATALOGO

de las obras Dramáticas representadas últimamente en los teatros de esta corte, de la propiedad de la Galeria titulada:

EL TEATRO (1).

TITULOS DE LAS OBRAS.	ACTOS.	AUTORES.	RS.
La creacion ó el Diluvio Universal. (o)	4	Sres. Zorrilla.	8
¡Es un Angel! (o)	3	Suarez Brabo.	8
Trabajar por cuenta agena (o)	3	Cazurro.	8
La Gloria del Arte. (o)	3	Asquerinos.	8
Juan sin tierra. (o)	4	Diaz.	4
D. Sancho el Bravo. (o)	3	Asquerino (D. Eus.)	8
Para heridas las de honor. (o)	5	Galvez.	8
Mi mamá. (o)	1	Sierra.	4
El 5 de Agosto. (o)	4	Tamayo y Baus.	8
Los Amantes de Chinchon. (o)	1	Villergas, Príncipe, Larrañaga, Asquerino y Estrella.	4
Juan sin Pena. (o)	4	La Rosa.	8
El ensayo de una ópera. (z o)	1	Peral (música de Oudrid y Hernando.)	4
Un dómine como hay pocos. (o)	1	Peral.	4
Las Guerras civiles (o)	3	Asquerinos.	8
Traidor, inconfeso y martir. (o)	3	Zorrilla.	8
La banda de la Condesa. (o)	3	Cortijo y Valdés.	8
Nobleza contra Nobleza (o)	4	García de Quevedo.	8
Un amor á la moda. (o)	1	Perez, Duro y Rivera.	4
Hacer cuenta sin la huéspeda. (o)	3	Perez Arenas.	8
La madre de San Fernando. (o)	4	Rossell.	8
Los amantes de Teruel. (r)	4	Hartzenbusch.	8
Un paje y un caballero (o)	3	García de Quevedo.	8
D. Bernardo de Cabrera. (o)	4	Garcia de Quevedo.	8
Una falta. (o)	3	Huici.	8
Las flores de D. Juan. (r)	5	Escosura.	8
Las Apariencias. (o)	3	Escosura.	8
Con razon y sin razon. (o)	3	La Rosa.	8
De audaces es la fortuna. (o)	2	Ramirez.	6
Lecciones de amor. (o)	3	Ramirez.	6
Llueven hijos. (o)	1	Bermejo.	4
Al mejor cazador. (o)	3	Bermejo.	8
Afectos de odio y amor. (o)	3	García Gutierrez.	8
Los instintos de Alarcon. (o)	1	La Rosa.	4
Arcanos del alma. (o) *primera parte.*	3	Asquerino. (D. Eus.)	8
La verdad en el espejo. (o)	3	Hurtado.	8
Negro y Blanco. (o)	1	Silbela y Barreras.	4
Entre bobos anda el juego (r)	4	Asquerino (D. Eduar.)	8

(1) Las letras que van á continuacion del título de las obras significan (a) arreglada, (o) original, (r) refundida y (z) zarzuela.

LORENZO ME LLAMO

Y

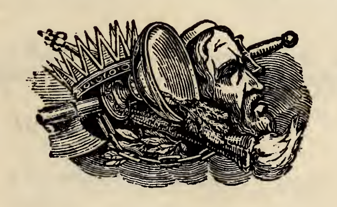
CARBONERO DE TOLEDO.

COMEDIA EN TRES ACTOS,

DE D. JUAN DE MATOS FRAGOSO,

REFUNDIDA POR

D. EDUARDO ASQUERINO.



MADRID.

Imprenta que fué de Operarios, à cargo de D. F. R. del Castillo,

calle del Factor, número 9.

1852.

PERSONAS.

LORENZO.
JUAN DE FLORES.
EL BARON ROSEL.
EL MARQUES DE SANTA CRUZ.
D. PEDRO DE VARGAS.
DOÑA JUANA DE FLORES.
TEODORA.
LUCIA.
MARTIN.
UN OFICIAL.
UN SARCENTO.
UN TAMBOR.
Cuatro salteadores, alguaciles, soldados, aldeanos, músicos y acompañamiento.



ACTO PRIMERO.

Una plaza: á la derecha la casa de Doña Juana, al fondo un cuartel; calles que parten en distintas direcciones.

ESCENA PRIMERA.

LORENZO y MARTIN, *con un pollino cargado de carbon, que se para á la puerta de Doña Juana.*

LORENZ. Ah de casa! (*Llamando.*)
MART. Es aun temprano,
y los criados durmiendo
estarán.
LORENZ. Si ya amanece.
MART. Eh! (*Llamando recio.*)

ESCENA II.

DICHOS y LUCIA.

LUCIA. Quién llama? (*Dentro.*)
LORENZ. El carbonero.
(*Sale Lucia á la puerta.*)
LUCIA. No descargue, que antes quiere

ver mi señora si es bueno.
LORENZ. Mucho madruga.
LUCIA. Del alba
sale á los rayos primeros.
LORENZ. Que mucho que al alba asome
si ella es del alba el lucero! (*Ap.*)

ESCENA III.

DICHOS, DOÑA JUANA.

JUANA. Guardeos Dios.
LORENZ. Que el cielo os guarde.
JUANA. Siempre el carbon de Lorenzo
bueno fué.
LUCIA. Descarga.
JUANA. Puedes
entrar con la bestia adentro.
LORENZ. Anda, Martin.
MART. Tú no vienes?
JUANA. No, porque encargarle quiero...
LORENZ. Aqui te aguardo. (*A Martin.*)
(*Entranse Martin y Lucía, precedidos del pollino*)

ESCENA IV.

LORENZO *y* DOÑA JUANA.

LORENZ. Me admira,
señora, el que nos quedemos
solos, que es gran novedad
en vuestro recogimiento.
JUANA. Escuchad.
LORENZ. Decid, señora.
JUANA. Estadme, Lorenzo, atento.
Tres años há que venís
de los montes de Toledo
á traer carbon á casa,
de cuyo conocimiento
ha nacido la amistad,
y voluntad que os tenemos.
En ausencia de mi hermano

el capitan, que sirviendo
está en Flandes á Filipo
Segundo, que guarde el cielo,
os debo amistades grandes;
no quiero decir que os debo
servicios, que no es razon,
si bien estais satisfecho,
que os paga mi voluntad
de la manera que puedo.
Há un año que me persigue,
sin dejarme en ningun tiempo
un deseo de saber
lo que os diré, estadme atento;
y si fuere liviandad
con presumir que es deseo
de mujer, tendré disculpa,
yo de vos así lo espero.
He visto que me mirais
algunas veces suspenso,
de manera, que aunque os hablo,
ó no respondeis tan presto,
ó no es respuesta conforme
á tan buen entendimiento
como teneis, aunque sois
un labrador carbonero.
Si me dais algo, temblais,
y á veces el rostro os veo
pálido, ó rojo, colores
de la vergüenza y del miedo.
Si cuando á casa venís,
y estoy en la iglesia, vuelvo
el rostro, y os veo mirarme
con tal atencion, que pienso,
que forma altar de mis ojos
la devocion de los vuestros.
Si salgo al campo, en el campo
os hallo, tanto, que llego
á imaginar que es amor;
y estad seguro, que tengo,
con ser mujer principal,
tan poco de lo soberbio,
que con ser vos lo que sois,

si es amor, os lo agradezco,
que bien puede amor entrar
en un villano grosero,
como espíritu, sin ser
en agravio del sugeto.
Vos teneis muy buen juicio,
y puede amor haber hecho
este milagro con vos,
decidme lo que hay en esto,
que por vida de mi hermano
no he de enojarme, pues veo,
que lo que es sobra de amor,
es falta de atrevimiento.
No os parezca liviandad
querer entender, si es cierto,
pues no perdeis el decirlo,
y yo gusto de saberlo.

LORENZ. Pues habeis dado, señora,
licencia á mis pensamientos,
cosa que ellos no pensaron,
porque si pensáran ellos,
que pudiera ser llegar
á declararse, sospecho;
que hubiera víbora sido,
que á quien los engendra, abriendo
el pecho, quitan la vida:
gran providencia del cielo,
que uno nazca y otro muera,
para que siendo veneno,
no vaya dejando vivos
su fiero daño en aumentos:
si bien los que me congojan,
pues que ya los digo, entiendo,
claro está que ha de matarme,
rompiendo mi sufrimiento;
pero no acierto en llamarlos
víbora, siendo tan cierto,
que ha sido vuestra hermosura
quien los engendra en mi pecho.
Soy un pobre labrador
de los montes de Toledo,
donde nací de los robles,

padres, que ya por lo menos,
por una letra que erraron,
no fueron nobles, y fueron
robles: mirad en qué está
de nuestra fortuna el yerro.
Sé leer, aunque no es mucho,
he aprendido sin maestro:
escribir, aunque he tenido
de saberlo gran deseo,
mi oficio no me ha dejado
jamás un hora de tiempo
para la pluma ó la espada;
si bien, señora, os prometo,
que allá en mi lugar las fiestas,
los labradores mas diestros
temen, si no la destreza,
la fuerza con que la juego.
Pues en los montes, á veces,
me sucede cuerpo á cuerpo
matar un oso, que es cosa,
que á caballo con monteros
teme el mas ejercitado:
perdonad si os entretengo,
que es mas buscar dilaciones
á mis pensamientos nécios,
que deciros alabanzas
de tan rústico sugeto.
Finalmente, es fuerza hablar,
como deuda obedeceros,
pues la licencia asegura,
si no la avergüenza el miedo;
que un libro de disparates
compré ayer en prosa y verso,
y en el principio decia,
que era con licencia impreso,
y asi escuchareis los mios,
pues que ya de vos la tengo,
y digo, que vine un dia,
guiado de un escudero,
con dos cargas de carbon
á vuestra cosa, tan lejos
de pensar que lo era yo,

como fue milagro nuevo,
encendedme vos los ojos
con un rayo de los vuestros:
salisteis á hacer la cuenta,
como quien tiene el gobierno
desta casa, sin hermano,
con un guardapiés honesto,
dorado el color con plata,
la pretinilla cubriendo,
solo el pecho, temeroso
de tocar la nieve al cuello,
recien puesta la camisa,
me pareció á los almendros,
que en esos montes florecen,
cuando entra de paz febrero.
Yo triste, haber enseñado
carbon, quedéme suspenso
de ver tanta nieve junta,
no habiendo entrado el invierno.
Cuando hacíades la cuenta,
estaba entre mí diciendo,
troquemos nieve á carbon,
divino monte de Venus.
Oyólo amor, y tomando
una pella de los pechos,
tiróme al alma, ó milagro!
que encendió con nieve el fuego,
flechas de nieve tiramos
á un corazon carbonero:
qué victoria! mas qué digo?
Qué mas heróicos trofeos,
que hacer que un rudo villano
levantase el pensamiento
á un ángel, y conociese
de amor los altos misterios?
Desde entonces, por no daros
fastidio con largos cuentos,
ha sido mi vida estar
entre el cielo y el infierno;
el infierno sino os vía,
y el cielo en llegando á veros.
Con el zapato de vaca

llegaba á la puente, y luego
el de cordoban pulido
calzaba á mis piés groseros:
quitéme el cuello colchado,
compré cortesanos cuellos,
no por pareceros bien,
que bien estaba yo cierto
que no reparaba el sol
en átomos tan pequeños;
pero por honrar, señora,
vuestro gran merecimiento,
por disculparle conmigo,
siquiera de haberme muerto,
es de un águila caudal,
una liebre bajo empleo,
que matar un jerifalte,
honra su pico soberbio.
Llegó á tanto mi locura,
que de reñir con el sueño
se me pasaba la noche,
haciendo en el alma versos:
es Doña Juana de Flores
vuestro nombre, oid, que presto
fabrica amor un poeta,
desde el carbon al concepto.
Una mañana, cuando el sol salia,
que no importara, no, que el sol saliera,
pues otro sol trajera
mas apacible el dia,
hallé unas flores entre blanca nieve,
y como negras del carbon tenia
las manos, dijo amor al alma, atreve,
tómalas con el alma: el hurto alabo,
pues dije como esclavo,
ó flores, perdonad, suspenso en calma,
que si es el cuerpo negro, es blanca el alma;
si algun favor al cuerpo se le debe,
por qué pide carbon tiempo de nieve?
Direis, que cómo es posible
que hiciese versos tan presto?
eso preguntarlo á amor,
que es Dios del entendimiento:

en él los hice sin pluma,
y otros muchos, porque versos,
son como cestos, señora,
que quien hace uno, hará ciento.
Qué lágrimas no he llorado
en esos montes, haciendo
responder á mis suspiros
los pájaros y los ecos!
Muchas veces he querido
matarme, no porque os quiero,
mas porque siendo quien soy,
tuve tal atrevimiento.
Como yo no sé escribir
vuestro nombre, tengo llenos
los blancos olmos del Tajo
por cifra del nombre vuestro,
de flores mal retratadas,
asi la vida entretengo.
Trayéndoos la liebre viva,
la fruta del verde almendro,
las truchas de los arroyos,
y los panales cubiertos
de rosas, las blancas natas,
el vino oloroso, el queso,
y tal vez os he traido,
ved que rudo Polifemo,
que en un libro lo he leido,
que aunque muy oscuro, entiendo
lo que habia de decir,
mas no que lo dice el verso,
que los osos presentaban
á Galatea pequeños,
y asi yo los he traido
la vez que me parecieron
en los rústicos donaires,
y en los groseros pellejos;
pero cómo de contaros,
señora, no me avergüenzo,
tan atrevidas pasiones,
como gloriosos tormentos?
Hago fin con advertiros,
que de hoy para siempre os pierdo,

pues no es justo veros mas
sabiendo mi atrevimiento.

JUANA. Lorenzo, yo os pregunté,
no ha sido la culpa vuestra,
pero llamémosla nuestra,
pues culpa de entrambos fue:
mia, porque os agradé;
vuestra, porque el ser os culpa
quien sois, aunque nos disculpa
una disculpa á los dos:
á mí el cielo, amor á vos,
que es accidente, y no culpa.
Condenar la inclinacion,
no es posible, pero creo,
que engendra en vuestro deseo
mónstruos la imaginacion.
Olvidad esa pasion
tan vana y tan atrevida,
que aunque vuestra fe rendida
me solicite obligada,
borran las leyes de honrada
los fueros de agradecida.

LORENZ. Señora, bien me temia,
que el dia que se supiese
mi amor, el último fuese
que veros mereceria,
mas si por la vida mia,
que va á morir la esperanza,
algun ramo verde alcanza
de donde se pueda asir,
temblando quiero pedir
de esa sentencia mudanza.
Si yo intentase valer
algo, señora, por mí,
en partiéndome de aquí,
y tal os volviese á ver,
que os pudiese merecer,
que tanto me esperaría
vuestra noble cortesía.

JUANA. Mucho agradezco esa fe,
Lorenzo, pero no sé
qué os responda: ay tal porfia!

dé agora mi compasion
esta esperanza á tu brio,
que con eso le desvío
de su loca pretension.

LORENZ. Tiemblo al rogaros.

JUANA. Si son
á vuestros ciegos engaños
despechos los desengaños,
revóquelos mi piedad.

LORENZ. Señora, un plazo me dad.

JUANA. Pues sea el plazo tres años.

LORENZ. Tres? pues acepto el partido,
que en tres años será cierto,
ó ser otro hombre, ó ser muerto:
con esto licencia os pido,
y aunque humilde y atrevido,
la mano...

JUANA. Yo os pongo en ella
esta memoria, que sella
el concierto de los dos.
(*Dale la mano y bésala Lorenzo.*)

LORENZ. Pues adios, señora.

JUANA. Adios.

LORENZ. Favor, amorosa estrella.

ESCENA V.

DOÑA JUANA, LORENZO, MARTIN, D. FERNANDO *y* LUCIA.

MART. Arre, pollino! Acabamos
la faena. (*A Lorenzo yéndose.*)

JUANA. Pagaste?

LUCIA, Sí.

FERNAN. Direisme si vive aqui
Doña Juana Flores.

LORENZ. Vamos.
(*A Martin que se para mirando á Lucia, vanse.*)

ESCENA VI.

DOÑA JUANA, D. FERNANDO *y* LUCIA.

JUANA. Yo soy, y mi casa es esta.
FERN. A vuestro hermano ofrecí
apenas llegára aqui
daros... (*Le da una carta.*)
JUANA. Mientras la respuesta
llevais, si quereis honrarme...
(*Señala que entre.*)
FERN. Yo de Flandes llego ahora
y allá no vuelvo, señora,
y si otra cosa mandarme
no quereis...
JUANA. Con Dios marchad;
y ved que obligada os quedo.
FERN. Ya un nuevo amigo en Toledo
teneis desde ahora, mandad. (*Vase.*)
JUANA. Dias há que la deseo.
LUCIA. Si se acordará de mí?
Lee aqui mismo.
JUANA. Dice asi:
Apenas que es cierto creo.
(*Lee.*) Hermana mia, la fuerza ha sido la causa de mi descuido, aunque nunca le tuve en procurar tus dichas, de que te doy la enhorabuena, pues tengo concertadas tus bodas con el baron Rosel: su calidad es grande, y su caudal no menos; yo iré por tí muy presto para cuya jornada puedes desde ahora prevenirte: Madama Teodora, que es hermana del que ha de ser tu esposo, te desea ver en Flandes; y te aseguro, que en su compañía no has de echar de menos á España.
Tu hermano el capitan
D. Juan Flores.
Pudiera haber mas estraña
nueva para mí, Lucía?
LUCIA. Sentirás, señora mia,

el que dejemos á España?
Juana. No siento sino casarme.
Lucia. Pues si es con un gran señor?
Juana. Puesto que tiene valor
mi hermano, pudiera darme
un español por marido.
Lucia. No, á lo menos señoría.
Juana. No está la desdicha mia
en que estranjero haya sido,
sino que siento que dí
una palabra á un galan,
y si me fuerza D. Juan,
será desacierto en mí.
Lucia Galan? pues tú le has tenido,
y no lo he sabido yo?
Juana. Es una sombra que entró
para despertar mi olvido:
ven, que te quiero contar
un disparate de amor.
Lucia. Mal disimula el dolor
quien llegó una vez á amar. (*Vanse.*)

ESCENA VII.

Cuatro embozados, *salen por una de las calles.*

1.º Amigos, esto ha de ser,
en esta esquina podemos
aguardar, pues tanto importa
el buen fin de este suceso.
El marqués de Santa Cruz
há dias que está en Toledo,
porque como pasa á Flandes
á gobernar, cuando menos,
aquellos Estados, antes
quiere llevarse dos tercios
de españoles, que levanta
en esta ciudad; yo viendo
que todas las albas sale,
á hacer oracion al templo
de la Vírgen del Sagrario

solo, disfrazado intento,
amigos del alma mia,
que un cintillo le quitemos
de diamantes, que trae siempre
por toquilla en el sombrero,
sin la bolsa, que Dios fuere
servido que traiga, puesto
que un señorazo tan grande
nunca ha de andar sin dinero;
y dado que no lo traiga,
el cintillo, á lo que creo,
vale un reino, porque son
los diamantes como huevos;
y bien mirado, el marqués
no ha de tener queja desto,
pues á un príncipe no es falta
que le quiten el sombrero.

2.° Digo, que has dado en el punto,
Cespedosa, desde luego
mi espada con mi persona
para la empresa te ofrezco;
haz cuenta, que ya al cintillo
le llegó su hora.

1.° Tan cierto
es lo que dices, que juzgo,
que ya en mi poder le tengo.

3.° Y para esa niñería
gasta ucé saliva? bueno;
pues hay mas de daca y toma,
y santas pascuas.

4.° Hablemos
claro, para estas empresas
los hombres de bien nacieron,
porque los de obligaciones
no son ladrones rateros:
solo quiero preguntaros,
porque este lance no erremos,
si le conoceis?

1.° Amigos,
bien espiado le tengo,
y aunque no aclaró del todo,
eso del conocimiento

á mi cargo queda.

2.° Oid,
que ruido á esta parte siento,
y él debe de ser sin duda.

4.° Hácia aqui nos retiremos.

ESCENA VIII.

DICHOS, *el* MARQUES DE SANTA CRUZ *por una calle,* LORENZO *y* MARTIN *por la opuesta.*

1.° El es, amigos.

LORENZ. Martin,
no creerás cuanto me alegro
de que quieras ir conmigo
á la guerra.

MART. Yo prometo
servirte bien.

LORENZ. Pero calla,
que si no me engaño, veo
gentes tras aquella esquina.

MARQ. Aqui hay gente? *(Se recatan á un lado)*

1.° Caballero,
cuatro hidalgos muy honrados
que no tienen un sustento,
vive Dios, y no acostumbran
buscarlo por bajos medios,
os suplican una cosa
muy fácil.

MARQ. Ya yo lo espero,

1.° Es pues, que aqui de los tres,
uno de mis compañeros
está con un resfriado,
y le hace falta un sombrero,
y asi, hacedle caridad
de prestarle aquese vuestro
hasta mañana.

MARQ. Si es esa
la causa, hidalgos no puedo,
porque tambien lo estoy yo,
y aprieta bastante el fresco;

y fie, que la caridad
diz que empieza por sí mesmo.

LORENZ. No escuchas, Martin?

MART. Ya escucho.

LORENZ. Ladrones son.

1.° Dele luego,
ó quitarésele yo.

MARQ. La cortesía agradezco.
Son soldados vuesarcedes?

2.° Ninguno lo es.

MARQ. Yo me alegro
que sea asi; yo he oido
que la gente de estos tercios
que en Toledo se levantan,
perdiéndome á mí el respeto
hacen mil insultos, y
asi he querido yo mesmo
examinarlo; y si algunos
hallo, á fe de caballero,
que su castigo ha de ser
de los de mas escarmiento.
Adios, pues: estos doblones
tomen, y váyanse luego
antes que yo me arrepienta
de habérselos dado.

1.° Bueno.
Si esa es treta ó intentona
para escaparse, el sombrero
quédese con él, que solo
ese cintillo queremos.

MARQ. Hidalgos, aqueso tiene
dificultad.

LORENZ. Vive el cielo,
que es hombre de bien, Martin.

MART. Dónde vas?

LORENZ. A socorrerlo,
que me han picado sus brios.

1.° A qué aguarda? deje luego
sombrero, capa y espada.
(*Pónese Lorenzo al lado del Marqués.*)

2.° Y la bolsa.

ESCENA IX.

DICHOS, LORENZO *y* MARTIN.

LORNZ. Caballeros,
estando yo aqui, no es fácil:
ea, hidalgo, al lado vuestro
teneis un hombre de bien.
MARQ. En vuestra accion lo estoy viendo.
2.° Hombre, mira que te pierdes,
porque he de pasarte el pecho
con dos balas.
(*Saca uno de los cuatro una pistola y encara á Lorenzo.*)
LORENZ. Pues amigo,
apuntar bien, y no erremos,
que si no da lumbre el gato,
he de quitarle el pellejo.
(*Sacan todos las espadas y el de la pistola dispara y no da lumbre, métenlos á cuchilladas y quédase solo Martin.*)
MART. De esta manera respondo:
ha ladrones.
2.° No dió fuego,
huyamos.
3.° Huyamos, sí.
DENT. 1. Que me matan..
DENT. 2. Que me han muerto.
DENT. 3. Confesion.
MART. Tres por la cuenta
van ya: ha famoso Lorenzo,
que puedes ser en España
honra de los carboneros;
pero aqui ha quedado uno,
que aguardo, que no le espero?
(*Finge pendencia con uno Martin.*)
Hombre, riñe: vive Dios,
que es valiente como un Hector,
doile con la irremediable:
esto se acabó, laus Deo:
cansado estoy de reñir.

ESCENA X.

EL MARQUES *y* LORENZO, *envainando las espadas*, MARTIN.

MARQ. Obligado, caballero,
os estoy, pues vida y honra
á vuestro valor le debo;
decidme, quién sois?
LORENZ. Hidalgo,
á mi fortuna agradezco,
aun no era menester
el haber llegado á tiempo
que os hiciese este servicio:
mas si la verdad confieso,
á vos solo os podeis dar
tan justo agradecimiento,
porque hablando sin pasion,
no ví tan lindos aceros
en mi vida.
MARQ. Si es querer
honestarme lo que os debo
con mi alabanza, eso fuera
faltar yo al conocimiento
que debo tener; y asi,
decid quien sois, pues es cierto,
que quien obra tan bizarro,
debe de ser caballero.
MART. Vive Dios, señor, que ha dado
en el punto: suboiengo
viene, si yo no me engaño,
de los montes de Toledo,
y del gran solar de encina,
y en cuanto á cristiano viejo,
al rey no le debe nada,
porque es tratante de aquello
con que queman los judíos,
y de la honra, ya sabemos
con cuanto entra la romana.
LORENZ. Quieres escucharme, nécio?
MART. Esta es la verdad, que aqui

no hemos de ser carboneros.
LORENZ. Caballero, este criado,
que es un loco imaginad;
pero lo que es la verdad,
es, que soy un hombre honrado,
y de tan corta fortuna
mis pensamientos se ven,
que tengo de hombre de bien
el no merecer ninguna:
no sé quien soy, ni he podido
conseguirlo á mi despecho,
mas si me informo del pecho,
dice que soy bien nacido;
porque aunque algunas estrellas
influyen altos blasones,
solo tiene obligaciones
quien sabe cumplir con ellas.
Este soy, este he de ser,
oro poco, y mucho esmalte,
pero aunque todo me falte,
me sobra el buen proceder.
Y pues ya quedais seguro,
no haciéndoos falta los dos,
quedaos, hidalgo, con Dios.
MARQ. Esperad, que ahora procuro
con mas veras vuestro nombre
saber.
MART. Yo se lo diré.
LORENZ. Mi nombre, pues para qué?
MARQ. Para conocer á un hombre,
que sin noticia ninguna
de sí, poco ó mucho adquiere,
solo con su aliento quiere
contrastar á la fortuna.
MART. Ea, á decirlo disponte.
MARQ. No perderá vuestra fama.
MART. Señor, mi amo se llama
Lorenzo de Todo-Monte.
LORENZ. El nombre verdad ha sido,
pero el sobrenombre no,
que los pobres como yo,
nunca tienen apellido.

MART. Hombre responde al reclamo.
LORENZ. Qué necio y cansado estás!
ya he dicho que no sé mas
de que Lorenzo me llamo.
MARQ. Que yo os estimo creed,
y asi, hidalgo, perdonad,
este bolsillo tomad,
y esta sortija os poned.
LORENZ. Guardad, señor, el dinero,
que ajais del alma el decoro,
aunque pobre...
MART. Venga el oro,
(*Cogiendo el bolsillo.*)
que yo soy su tesorero.
LORENZ. Martin!
MARQ. La sortija, sea
sin que nada me digais. (*Pónesela Lorenzo.*)
LORENZ. Como á pobre me tratais.
MARQ. Con mas servicios desea
mi atencion, quedaos con Dios;
cumplimiento no gastemos,
que algun dia nos veremos.
LORENZ. Pero ahora he de ir con vos.
MARQ. No ha de ser, por vida mia,
que no os lo consentiré:
quedaos, hidalgo.
LORENZ. Ya sé
que es necedad la porfia:
ya os obedezco.
MARQ. Admirado
voy, porque el mundo se asombre,
sí por Dios, de ver á un hombre
tan valiente y tan honrado. (*Vase.*)

ESCENA XI.

LORENZO *y* MARTIN.

LORENZ. Qué dices desto, Martin?
MART. Vive Dios, que es cosa nueva
esta que te ha sucedido,

y que yo no lo creyera
á no haberla visto: tú
sortija y doblones?

LORENZ. Deja
que me admire de que yo
alguna fortuna tenga:
quién será este hombre?

MART. Será
el alma de un sastre en pena,
que se anda restituyendo
todo.

LORENZ. Que nunca de veras
has de hablar? No puede ser
que algun caballero sea
de mucha importancia? pues
esta dádiva lo muestra.

MART. No señor.

LORENZ. Por qué?

MART. Porque
los caballeros á secas
no dan sortija y doblones,
porque tienen muchas deudas
con quien cumplir: vive Dios,
que una dádiva como esta
la pudo dar el gran Turco,
ó el gran Tamorlan de Persia:
mas sabes lo que he pensado?

LORENZ. Acaba, dilo, qué piensas?

MART. Que estaba el hombre borracho,
porque si no lo estuviera,
no hiciera tan gran locura;
y asi, vámonos apriesa,
no vuelva en su juicio, y
á dar tras nosotros vuelva.

LORENZ. Ay, Doña Juana divina!
ya parece que mi estrella
quiere hacer paces conmigo.

MART. Ta, ta, de ese pié cojeas?
Luego estás enamorado?

LORENZ. Ay, Martin, si tú supieras
del modo que tengo el alma!

MART. Y quién es la tal princesa?

LORENZ. Quien ha de ser, el sol mismo,
el alba, el aurora bella,
todo el cielo, y cuantas partes
puede imaginar la idea:
tantas presumo, Martin,
que se han de admirar en ella.
MART. Pues un pobre carbonero
tales desatinos piensa?
no he de creerlo por Dios;
mira, si tú me dijeras,
Martin, yo pierdo mi juicio
por Juana la carbonera,
ó la gorrona, era fácil
de creer; pero á estas reinas
atreverte con la cara
de color de chimenea,
con mas borrones, que plana
de algun muchacho de escuela,
no lo he de creer.
LORENZ. Martin,
ven, quiero que á verla vuelvas,
porque disculpes mi amor.
MART. Aquese recado á ella,
que ella se ha de disculpar
si tal desatino intenta.
LORENZ. Ven, compraremos vestidos.
MART. Con los doblones que llevas
bastante habrá para todo.
LORENZ. Y pues se va con gran priesa
el marqués de Santa Cruz
á Flandes, mi diligencia
me ha de valer, porque pienso,
debajo de sus banderas,
merecer por mi valor
lo que mi sangre me niega.
MART. Vamos que tambien Martin
ha de campar con su estrella:
y hemos de pasar el mar
para llegar á esa tierra?
LORENZ. Sí, Martin.
MART. Dígolo, porque
iremos mar en carreta,

que son de los carboneros
los barcos con que navegan.

LORENZ. Fortuna, tres años solos
de vida á mi amor le quedan
en este tiempo, ó morir,
ó adquirir lustre y hacienda.

(*Entranse en una ropería, que habrán abierto durante la escena última, colgando ropas á la puerta.*)

ESCENA XII.

DOÑA JUANA *y* LUCIA *con sus mantos.*

LUCIA. Hermosa, señora, estás.

JUANA. De oirte, Lucía, me rio.

LUCIA. Con tu donaire y tu brio
envidia al campo darás.
Alegre está tu belleza,
señora, aunque mas me digas.

JUANA. Nunca verás ser amigas
la hermosura y la tristeza:
yo estoy triste, y de esa suerte
aunque tus lisonjas crea,
estaré sin duda fea.

LUCIA. Que estás engañada advierte,
porque la melancolía
suele añadir perfeccion.

JUANA. Eso en las que hermosas son:
mas negarásme, Lucía,
que pálida estoy.

LUCIA. No; pero
dejando esto aparte yo,
no dirás qué te pasó
con Lorenzo el carbonero?

JUANA. He sabido, si te agrada,
aqui para entre las dos,
que se me inclina.

LUCIA. Por Dios,
que te hallas acomodada:
no son sus designios malos;
qué has de hacer si persevera?

JUANA. Yo, reirme.
LUCIA. Mejor fuera
hacerle moler á palos,
porque vaya el picaron
en su oficio á trabajar.
JUANA. Yo á nadie puedo quitar
que me tenga inclinacion,
y de eso hago chanza ahora;
mas dejando aquesto á un lado,
has visto con el cuidado
que me sirve y enamora,
D. Pedro de Vargas?
LUCIA. Puedo
decirte sin interés,
que ese caballero es
de lo mejor de Toledo:
y si servirte desea,
quién por mas galan merece?
JUANA. Si á mí no me lo parece,
qué importará que lo sea?
á Flandes me voy contenta,
solo por estar sin él.
LUCIA. En fin, el baron Rosel
es el dichoso.
JUANA. Que sienta
no estrañes casarme ahora
con un hombre, que á mi gusto
no sé si será.
LUCIA. Del susto
saldrás en Flandes, señora.
JUANA. Oye. (*Hablan aparte las dos.*)

ESCENA XIII.

DICHAS, MARTIN y LORENZO.

MART. Señor, vive Dios,
que aunque somos dos patanes,
que venimos mas galanes,
que Gerineldos los dos:
bien haya, amen, el bolsillo,

que en fin nos ha remediado.
LORENZ. Pues todavía ha quedado,
Martin, algun dinerillo.
MART. Y la sortija?
LORENZ. Aqui está
en el dedo.
MART. Bien: á fe;
déjame reir.
LORENZ. De qué?
MART. De ver las vueltas que da
este mundo.
LORENZ. Majadero,
con que tu discurso topa?
MART. Ayer eras poca ropa,
y hoy pareces caballero.
LORENZ. Aguarda, Martin, qué veo!
es verdad, cielos divinos,
no es Doña Juana?
JUANA. Ay, Lucía,
no es Lorenzo aquel que miro?
Lorenzo?
LORENZ. Señora mia,
no en vano el alma me dijo,
que aqui volviera á buscar
aquesos ojos divinos.
Ya por lo menos, señora,
Lorenzo mejor vestido
está de lo que solia;
ya por vos me determino
á colgar de mi esperanza
el grosero capotillo,
ya por vos me voy...
JUANA. Lorenzo,
yo os agradezco y estimo
la voluntad que mostrais
tenerme, y ahora os digo,
que la palabra que os dí
desde aqui os la revalido
de esperar tres años: cielos! (*Ap.*)
que tiene este hombre consigo
que el corazon se alborota
de verle?

LORENZ. A esos piés rendido
otra vez os lo agradezco.
LUCIA. Y usted, señor monacillo,
oígame.
MART. Diga.

ESCENA XIV.

DICHOS, D. PEDRO DE VARGAS *y* CRIADO.

CRIAD. Señor,
una criada me dijo,
que muy temprano salia.
PEDRO. Y es verdad lo que te ha dicho,
que muchas mañanas suele
salir á pasear al rio.
Pero, aguarda, no es aquella?
Viven los cielos divinos,
que está hablando con un hombre!
de cólera estoy perdido.
JUANA. Ay Dios! D. Pedro de Vargas,
Lucía.
LUCIA. Buena la hicimos.
PEDRO. Aunque el mundo me lo estorbe,
vengaré los zelos mios;
mi señora Doña Juana,
dos palabras os suplico
me escucheis aparte.
LORENZ. Hidalgo,
estando hablando conmigo,
es sobra de atrevimiento,
y mucha falta de estilo
llegar sin pedir licencia.
PEDRO. Con los hombres de mis brios,
y de mi sangre, no corre
esa razon que habeis dicho:
con vos pudiera correr,
porque ya os he conocido,
y no mereceis...
LORENZ. Teneos,
y no pronuncieis altivo

palabras, que yo os daré
satisfaccion, y castigo;
y pues de vuestro valor
estais tan pagado, elijo
que riñamos, y pluguiera
á Dios en este conflicto,
que el que tuviera mas manos
fuera hoy el favorecido.

(*Sacan las espadas y entranse acuchillando, y retira á D. Pedro.*)

PEDRO. De esta manera respondo
á tan locos desvaríos.

LORENZ. Y yo de aquesta manera
á las obras me remito.

MART. A ellos, que son badeas.

LORENZ. (*Dentro.*) Asi, cobardes, castigo.

PEDRO. (*Dentro.*) Muerto soy!

LUCIA. Vírgen de Gracia,
padre mio San Francisco,
que se matan.

JUANA. Ven Lucía:
sin alma voy!

LUCIA. Ya te sigo. (*Vanse.*)

MART. Señor, la justicia toda
nos sigue, huyamos.

VOCES DENTRO. Seguidlos,
porque es D. Pedro de Vargas
el que está muerto ó herido.

LORENZ. Ven hácia el cuerpo de guardia
del marqués.

MART. Pléguete Cristo,
aguija!

(*Se retiran al cuerpo de guardia del cuartel.*)

VOZ DENT. Por acá van.

ESCENA XV.

DICHOS, *á un lado*, ALGUACILES, SARGENTO, DOS SOLDADOS *y un* TAMBOR *con la caja.*

ALGUAC. Señor sargento, habeis visto
dos que corrian.

MART. Yo creo
que hácia allí iban ahora mismo.
(*Señala la derecha, y vase el alguacil.*)

SARGEN. Toca á recoger, tambor. (*Tocan la caja.*)

LORENZ. Los soldados á este sitio
vienen ya.

SOLD. 1 En fin, so sargento,
el capitan nos ha dicho,
que marcha el marqués mañana.

SARGEN. Asi lo tengo entendido,
pues ya prevenido tienen
los bajeles.

SOLD. 2 Vive Cristo,
que si Dios no lo remedia,
que la Chata ha de ir conmigo.

SOLD. 1 Señor sargento, usted quiere
entretenerse un poquito
á los naipes boca arriba?

SARGEN. Debe de haber dinerillo,
que ha sido dia de paga.

SOLD. 1 Aqueste tambor maldito
servirá de mesa.

SARGEN. Vaya. (*Saca naipes.*)

SOLD. 1 El descuadernado libro
saco, que yo á aquestas horas
las traigo siempre conmigo.
(*Pónense á jugar.*)

SARGEN. Alzo por mano: un rey es.

SOLD. 1 Yo una sota: vive Cristo,
que no baya aqui una pretina!
baraje usted: mal principio;
á cinco, y cinco, y terceras,
y veinte en quinta.

SARGEN. Hago, y digo.
LORENZ. Martin.
MART. Señor.
LORENZ. Quieres que
pruebe la mano?
MART. Eso pido,
y mas que estás de jornada:
pondré, que me quemen vivo,
si no haces mesa gallega. *(Llega á ellos.)*
LORENZ. Aqui tengo en el bolsillo
unos doblones, yo llego:
hidalgos, si sois servidos
de que en el juego haga tercio,
jugaré tambien.
SARGEN. Yo digo,
que entre por mí.
SOLD. 1 Y yo tambien:
este parece chorlito;
seor sargento, ojo alerta,
iremos dos al mohino.
LORENZ. Mio es el naipe.
(Toma Lorenzo el naipe y baraja, y alzan por mano.)
SOLD. 1 A ocho y ocho.
SARGEN. Veinte y veinte.
SOLD. 2 A entrambos digo,
cuatro y cinco, mio es el cuatro.
SOLD. 1 Ande, que la mia he visto.
LORENZ. Se engaña usted.
MART. Dice bien,
porque le faltó el ombligo.
LORENZ. Esa es mi suerte.
SARGEN. Por vida!
LORENZ. Una, dos, tres, cuatro, cinco,
seis, siete ocho, nueve, diez,
once, doce.
SOLD. 1 Vive Cristo,
doce pintas? doce diablos
carguen con ucé y conmigo.
(Muerde los naipes.)
SARGEN. Baraje usted, á cinco y ciento.
SOLD. 1 Yo á lo mismo.
MART. Ha buenos hijos,

que asi parais á la errona.

LORENZ. Mi suerte á la cuarta vino,
diez pintas gano.

SARGEN. Está loco,
pese á su alma, pues no ha visto
que es sencilla?

LORENZ. Lo que veo
es, que tantas he corrido,
y que se me han de pagar
luego al punto.

(Quitale á Lorenzo la bolsa, sacan las espadas y riñen.)

SARGEN. Bien ha dicho;
mas pues le quito el dinero,
haga cuenta que ha perdido.

LORENZ. Ha gallinas, vive Dios,
que os he de hacer mil añicos
á estocadas, aunque venga
todo el mundo á resistirlo.

MART. Señor sargento, cuidado
con la panza.

(Sale un ayudante y el marqués.)

AYUDAN. Fuera digo,
que está su excelencia aqui.

MARQ. Qué es esto?

SARGEN. Señor invicto,
sobre cierta diferencia,
que en el juego hemos tenido,
tras no quererme pagar
el dinero que ha perdido
este soldado, señor,
sacó la espada conmigo,
sin la atencion que se debe
á este lugar, á este sitio:
esto es lo que pasa.

MART. Bueno,
trocada la hemos perdido.

MARQ. Hay tan grande atrevimiento!
vive el cielo, que á delito
tan grande, no halla la ira,
ni la cólera castigo,
cuando tengo echado el bando,
que nadie sea atrevido

á sacar la espada, en
mi cuerpo de guardia mismo,
con un oficial se atreve
desatento un soldadillo?
por vida del rey, que es mengua
no castigarle yo mismo
con este acero: ayudante,
luego al instante, al proviso
le den dos tratos de cuerda.

LORENZ. A vuecelencia suplico...

MART. Aceitunas.

LORENZ. Que me escuche,
que un soberano ministro,
y un capitan, de quien tiembla
el mundo, de dos oidos,
que le dió naturaleza
ha de usar, tan sin perjuicio,
que uno ha de dar á la queja
justiciero, otro benigno
á la disculpa; porque
sentenciar sin mas aviso,
da á entender que la razon
está sujeta al capricho.

MARQ. Habla, pues.

LORENZ. Digo, señor,
que no solo aqui he perdido
dinero alguno, sino antes
estando ganando, altivos
estos soldados, por fuerza
me arrebataron el mio.
Yo, pues, no por el dinero,
que es lo que menos estimo,
sino por el menosprecio,
que en los hombres bien nacidos
es lo que se siente mas,
saqué la espada atrevido,
y sin mirar...

MARQ. Bien está,
ya de no haberos oido
no os quejareis.

LORENZ. No señor.

MARQ. Pues la sentencia confirmo,

porque sacasteis la espada
con un superior: asidlo,
y llevadlo.

LORENZ. Vuecelencia
mire...

MARQ. Ya lo tengo visto.

(Asido del marqués y repara en la sortija.)

LORENZ. Por Dios que esto va de veras.
advertid, que mi castigo
no os toca.

MARQ. Válgame el cielo!

LORENZ. Porque yo...

MARQ. Qué es lo que miro!
no es mi sortija?

LORENZ. No soy
soldado.

MARQ. Cielos divinos,
no es este el hombre á quien debo
la vida? bien lo averiguo
en la sortija que tiene,
que es la que le dí yo mismo.
En fin, qué no sois soldado?

LORENZ. No señor; pero me inclino
á serlo: pasar quisiera
á Flandes, si en vuestro arrimo
hallo sombra que me ampare.

MARQ. Bien me parece el designio;
qué sobrenombre teneis?

LORENZ. Lorenzo me llamo.

MARQ. El mismo
es que me dijo al librarme;
no os pregunto el nombre, digo
cual es vuestro el sobrenombre.

LORENZ. Lorenzo me llamo he dicho
á secas, porque esto solo
de mi linaje he sabido,

MARQ. Pues Lorenzo en mí tendreis
buen padrino y buen amigo,
sentad plaza luego al punto
en mi compañía.

LORENZ. Invicto
marqués, de mi sobrenombre

habeis de ser mi padrino,
cuando veais que le gano,
en el real del enemigo.

MARQ. Andad, señor, que ya sé
que teneis muy buenos brios,
y yo y vos, para otros dos.

LORENZ. Si esos favores consigo,
verá Flandes por mi brazo
un asombro y un prodigio.

MARQ. Vamos, ayudante, vos
á las tropas dad aviso,
que marcho luego. (*Vase.*)

SARGEN. Señor
Lorenzo, seamos amigos,
que aqui estan vuestros doblones.

LORENZ. Pues señores, repartidlos
entre todos, porque yo,
con la dicha que he tenido,
no estoy en mí.

SARGEN. Venid, pues. (*Vanse.*)

ESCENA XVI.

LORENZO y MARTIN.

MART. Qué hay, Lorenzo?

LORENZ. Estoy sin juicio.

MART. A Flandes vamos.

LORENZ. Fortuna,
ya un escalon he subido
en estos tres años, tén
de tu rueda el curso fijo:
adios tres años, España,
adios, pues, bello prodigio,
desde hoy, con vuestra licencia,
aunque parezca delito,
me llamo Lorenzo Flores,
que un esclavo ya ha sabido
tomar de su dueño el nombre.
Flores soy, y te suplico,

oh deidad de la fortuna!
que te avengas bien conmigo,
y en estos tres años tengas
de tu rueda el curso fijo.

FIN DEL ACTO PRIMERO.



ACTO SEGUNDO.

Salon: al fondo una ancha galería cubierta con cortinas: puertas laterales: un balcon que da al campo.

ESCENA PRIMERA.

El Baron Rosel *y* D. Juan.

Baron. De haber hallado á mi esposa,
señor D. Juan, tan estraña,
ó tan esquiva, ha nacido
en mí la desconfianza
de imaginar, que en su pecho
no hallaron lugar mis ansias,
ó que sus cuidados son
efectos de mi desgracia.

Juan. No estrañeis, señor baron,
ver en tristeza á mi hermana,
que ese es comun sentimiento
de las que dejan su patria,
que otra cosa ser no puede
de su tristeza la causa,
cuando felizmente en vos
tan ilustre esposo gana.
Ayer de España llegamos
mi hermana y yo, á vuestra casa,
y el cansancio del camino,

despues de tantas jornadas,
junto con la novedad
de verse en Flándes, bastaba
para turbar su alegria;
ademas, que allá en España
usan las nobles mujeres
una hermosura afectada,
que como melancolía
á la vergüenza acompaña,
pues solo en gravedad fundan
de su honestidad la gala,
y no se alegran tan presto,
como aquí vuestras madamas.
Dejad que tome el estilo,
porque despues de tratadas
las españolas, son otras,
afables y cortesanas,
y lo que en ceño comienza,
en noble caricia acaba.

BARON. Norabuena, estése ahora
asistida de mi hermana
Teodora, en aquesta quinta,
que en ganándose la plaza
de Durén, á quien ha puesto
sitio el marqués, mi esperanza
logrará en su blanca mano
la posesion deseada;
y entre tanto, con festines
de este pais á la usanza,
divertiré la belleza
á quien he rendido el alma.

JUAN. Y tambien yo de Teodora,
á quien mi pecho idolatra,
festejaré la hermosura,
que á ser del baron hermana,
es bien fundado el motivo,
que si él por esposa alcanza
á la mia, puedo yo
serlo tambien de su hermana:
quiera el cielo, que muy presto
á las católicas armas
se rinda Durén.

BARON. El sitio
va, segun pienso, á la larga.
JUAN. Oh! quien pudiera asistir
á esos encuentros; mi aciaga
fortuna, quiso que el brazo
me hiriese traidora bala,
y aqui contemplo rabioso
como un leon en su jaula...
Pero un alegre rumor
por el campo se derrama,
que queriendo el enemigo
meter socorro en la plaza,
rompimos sus escuadrones.
(*Se oyen lejos disparos, cajas y clarines.*)
VOCES DEN. Viva España! viva España!
JUAN. Sin duda que la victoria
por nosotros se declara,
que es alegre.
BARON. Hácia esta parte
llega el marqués.
JUAN. Oh! qué rabia!
no poder con mi tizona
al frente de aquellas águilas,
pegar á diestro y siniestro,
reveses y cuchilladas!
Mas cómo aqui se dirige
el marqués?
BARON. Porque esta casa,
como á vos se la ofrecí;
tan cerca de Durén se halla,
que, centro de operaciones
es su tienda de campaña.
JUAN. Cierto que no hay caseria
mejor por aqui, de cuantas
á Durén cercan.
VOCES DEN. Victoria!
España viva!

ESCENA II.

D. Juan, Baron, Marques de Santa Cruz, Lorenzo, Martin *y soldados: Martin saca un penacho y una celada, y Lorenzo lo pone á los piés del Marqués.*

Lorenz. A las plantas,
gran señor, de vuecelencia,
de aquel general de fama,
el Monsieur de Xatelet,
pongo el penacho y celada,
que militares adornos
fueron de su pompa vana,
reservando para mí
solo aquesta verde banda,
con que pienso honrar mi pecho,
que por haber sido alhaja
de un general me la pongo
por norte de mi espepanza,
que á sombra de vuecelencia
no hay quien no la tenga. (*Pónese la banda.*)
Marq. Basta,
Lorenzo Flores, llegad
á mis brazos, que esta hazaña
no la consiguió jamás (*Abrazale.*)
griega ni romana espada:
contadme solo el suceso,
pues aunque cerca me hallaba,
entre el polvo, fuego y humo
apenas distinguí nada.
Lorenz. Salió el ejército junto
del enemigo á campaña
á entrar socorro en Durén,
que fortalecida estaba.
En bien formadas hileras
venia al son de las cajas
todo lo noble, y florido
de la juventud lozana.
En vistoso alarde el campo,
lleno de plumas, y galas,

formaba, sembrando á trechos
de abril la mas bella estampa,
dibujándole en lo lejos
bien como hermosas montañas,
que el cielo finge en las nubes,
y con la luz de las armas,
que entre las plumas se vian,
parecian tremoladas
mariposas, que se ardian
á puro incendio de nácar.
A Monsiur de Xatelet
su general acompaña,
que con arrogancia loca
presuntuoso animaba
á los que al compás del bronce
iban siguiendo la marcha.
Venia el bravo Holandés
sobre un peñasco con alma,
bruto aleman, tan soberbio
que á la máquina troyana
hurtó la robusta forma,
siendo racional muralla.
Armado desde las clines,
hasta el codon de las ancas,
relámpago, rayo, y trueno
pareció, que le abortaba
de alguna preñada nube,
hijo del aire, y la llama,
pues siendo bolcán la boca,
en su incendio se abrasara,
si por templarse no hiciera
de su misma espuma escarcha.
Salimos á recibirle
de la línea mil corazas,
y otros tantos españoles:
desigual número á tanta
multitud de armadas huestes,
que de nueve mil pasaban.
Despreciáronnos por pocos,
mas fue tan fuerte la carga
que les dimos, que al estruendc
de la artillería, y balas

se estremecieron los montes,
y el sol se cubrió la cara;
pues con polvorosas nubes,
que los caballos levantan,
y con el humo que á globos
del alquitran se desata,
pareció que anochecia,
y la ceguedad fue tanta,
que por mucho espacio estuvo
el fiero combate en calma,
hasta que de la tiniebla
el caos se desenlutaba,
pues tambien para los ojos
hubo en el campo batalla.
Tocaron toda la noche
nuestros cuarteles al arma;
vivanderos y bagajes,
que por todo el campo estaban
recogiendo sus haciendas,
huyeron para guardarlas.
Imaginó el enemigo,
que esto era huir, y en voz alta,
los españoles no huyen,
dice: pica, sigue, avanza,
y cuando mas orgullosos
hallar en fuga pensaban
á los españoles, viendo
su resistencia, se espantan,
y engañados y confusos,
se turban, y desbaratan:
y dando sobre ellos juntos,
fue de manera la carga,
que huyeron, y la victoria
se declaró por España.
En fin, señor, prisionero
hice al general de Holanda,
que en un soldado bisoño
es mas dicha, que alabanza,
y teniéndole rendido,
oigo decir: mata, mata,
mirad que no está, soldados,
la victoria declarada,

y haciéndome atrás dos pasos,
le tiré una cuchillada
de tan buen aire, que al suelo
la pluma de la celada
vino á escribir á la muerte
con roja tinta las cartas;
y dejando otros progresos,
digo, señor, que á esas plantas
mi vida ofrezco, y con ella
esta toledana espada,
con este español orgullo,
hijo de sus penas altas,
que al lado de vuecelencia
sabrá dar triunfos á España,
si del laurel que os adorna
su ilustre sombra me ampara.

MARQ. No ha venido de Toledo
á Flandes mejor espada;
pero no es nuevo en sus hijos
ser en paz y en guerra el alma
del valor: Lorenzo Flores,
por donde muchos acaban,
vuestros servicios empiezan,
y que os debo, es cosa clara,
mas de lo que vos pensais.

LORENZ. A mí por premio me basta,
gran señor, ser conocido
sin merecerlo.

JUAN. Mi patria
puede estar vanagloriosa
del valor que en vos se halla.

MARQ. D. Juan Flores.

JUAN. Gran señor.

MARQ. La compañía está vaca
de D. Gaspar Maldonado,
en vos es bien empleada;
á Lorenzo podeis dar
la bandera, pues con tantas
ventajas la ha merecido.

JUAN. Por ella os beso las plantas,
y porque mi alférez es
Lorenzo.

MART. Mi camarada,
señor, mas que La-vandera,
ha menester ropa blanca.
MARQ. Todo se hará; y vos quién sois?
MART. Puedo decir, que es muy alta
la rama de mi linage.
MARQ. Y qué apellido?
MART. Se llama
mi padre Pedro del Pino,
y mi madre Ana del Aya:
MARQ. Gente limpia?
MART. Si señor,
y entrambos de la montaña.
MARQ. Y vos sois soldado?
MART. Sí,
pero de mas importancia,
pues en el encuentro de hoy
hice atrás volver dos mangas
solamente con el aire
de mi aliento.
MARQ. Cosa estraña!
MART. Eran las mangas perdidas
de una ropilla de grana:
pues mas hice.
LORENZ. Aparta, loco.
MARQ. Quédese para mañana,
porque me alegro de otros.
MART. Vuestro buen gusto me agrada,
que aqueso es querer tener
aqui gloria y despues gracia.
MARQ. Si el cielo me dá á Durén,
Lorenzo Flores, la paga
corre por mi cuenta ahora:
servid, que no es mala entrada
una bandera.
LORENZ. Señor,
vuecelencia honra mi espada,
que para un bisoño era
el favor; pero las balas,
si he de morir, el venablo
muy presto ha de ser vengala.
MARQ. Venid conmigo, baron:

Durén, si de tus murallas
no consigo la victoria,
tumba ha de ser la campaña
de cuanto español orgullo
empuña del Rey las armas,
pues no hay remontada nube,
que se oponga al Sol de Austria.
(*Vanse los dos y los soldados.*)

ESCENA III.

BARON, D. JUAN, LORENZO *y* MARTIN.

JUAN. Feliz ha sido el suceso.
LORENZ. Ay divina Doña Juana,
por tí mas ser solicito,
aliente amor mi esperanza.
JUAN. Pues es de Toledo, quiero
esperar á ver si me habla.
LORENZ. Este es, Martin, el hermano
de Doña Juana.
MART. Es verdad;
con eso de su beldad
noticias tendrás.
LORENZ. Es llano.
MART. Pardiez, que de los mozotes
puede ser envidia ufana,
y se parece á su hermana.
LORENZ. Pues dime, en qué?
MART. En los bigotes.
LORENZ. De nuevo ahora rendido,
pues que somos toledanos,
quiere besaros las manos.
JUAN. Del contento recibido
de que tengais mi bandera,
no sé que os pueda decir,
mas de que os he de servir.
LORENZ. Trocar los servicios fuera,
y el mio es solo serviros.
JUAN. Mucho de vuestro valor
oigo decir.

LORENZ. Que es, señor,
ventura, puedo deciros,
pero no merecimiento.

JUANA. Vuestra persona me agrada,
y está muy bien empleada
mi bandera en vuestro aliento,
que el ser alférez en Flandes
no es muy poco.

LORENZ. Bien comienzo.

MART. Toda su vida Lorenzo
se crió con humos grandes.

JUAN. Pero de Toledo y Flores,
pienso que somos parientes.

LORENZ. Son, señor, mis ascendientes,
aunque, mayores, menores.

JUAN. Quien es vuestro padre allí?

LORENZ. Por ahora perdonad,
porque no es de la ciudad,
aunque muy cercano es.

JUAN. Pues de quien teneis las Flores?
es por hembra ó por varon?

LORENZ. De mujer las Flores son,
y no por eso menores,
que mi padre se llamaba
Robles.

JUANA. Por qué no tomasteis
su apellido?

LORENZ. Preguntasteis
muy bien, pues Robles me honraba;
pero son muchos allí
los Robles, pocas las Flores,
y túvelas por mejores,
que el padre de quien nací.

JUAN. Bien hicisteis, porque yo
mucho me honro de ser Flores.

LORENZ. Y yo tuve por favores
las que ese nombre me dió;
y si bien, aunque tributo
me promete aplauso fiel,
si bien no logro por él,
serán mis Flores sin fruto.

JUAN. Hoy, para honrar mi posada,

conmigo habeis de comer.

LORENZ. No la pudiera tener
con el marqués mas honrada.

JUAN. Dentro por la espada voy,
y si quereis esperarme...
saldremos... (*Entrase.*)

ESCENA IV.

LORENZO *y* MARTIN.

LORENZ. A levantarme
comienzo, Martin.

MART. Estoy
admirado: quien dijera,
cuando haciamos carbon,
que el palo del aguijon
se te volviera en bandera?
tú en la guerra conocido,
con oro, plumas y grana?

LORENZ. A la hermosa Doña Juana
aquese honor he debido:
su hermosura celestial,
qué hará en Toledo?

MART. Sin penas,
comiendo estará almacenas
quizá en algun cigarral.

LORENZ. Serán ciertas sus promesas,
pues por su amor vine aqui:
si se acordará de mí?

MART. Como ahora llueven camuesas.

LORENZ. En qué lo fundas?

MART. En que
muchas cartas le escribiste,
y de ninguna tuviste
respuesta.

LORENZ. De eso no sé
la causa, ni lo penetra
mi discurso.

MART. Pienso yo,
que pues no te respondió,

se mudó al pié de la letra.

LORENZ. En su beldad puede haber
mudanza, ni doble trato?
no es del sol vivo retrato?

MART. Es vedad, pero es mujer:
vamos de aqui.

LORENZ. Tu razon
me deja confuso y ciego,
porque en muriéndose el fuego,
quien se acuerda del carbon?

ESCENA V.

DICHOS, D. JUAN.

JUAN. Salgamos cuando gusteis;
que anhelo ver mis soldados,
por el baron, alojados
presto conmigo os vereis... (*Vanse.*)

ESCENA VI.

JUANA, TEODORA *y* LUCIA.

TEODOR. Qué triste estais! ordenóme
el baron Rosel mi hermano,
que con todos los festejos,
que en este pais usamos,
divierta yo tu hermosura;
mas parece que es en vano,
pues veo que en tu semblante
se vá el dolor aumentando.

JUANA. Bien sé que al baron le debo
de fino amante agasajos,
y á tí, madama Teodora,
finezas que nunca pago;
pero haber venido á Flandes
con disgusto, me ha causado
esta tristeza; y tambien
el ver, que he de dar la mano

á un caballero estranjero,
á quien no quieren los astros,
que me incline por algun
secreto, que ignoro.

TEODOR. El trato
suele vencer imposibles,
y está tan enamorado
mi hermano de tu hermosura,
que hasta que vayas cobrando
cariño al pais, pretende
que se dilate este plazo,
por ver si con sus finezas
obliga tus desagrados.

JUANA. Mal podrá, pues á una sombra
todo el corazon he dado: (*Ap.*)
cómo es posible querer
á quien tan poco he tratado?

TEODOR. Diferente condicion
es la mia, que yo amo
á un español, solamente
por ver que es hombre bizarro;
y porque es de otra nacion
tiene para mí grangeado
mas aplauso en la memoria.

JUANA. Ni te culpo, ni lo estraño,
pero llego á estimar mucho,
que á un español quieras tanto.

TEODOR. Sí quiero, mas vive en mí
este amor tan recatado,
que hasta ahora no he tenido
ocasion para esplicarlo;
mas esto no es para ahora:
y volviendo á mi cuidado,
digo, que el tiempo ha de ser
quien ha de enmendar el daño:
mi hermano es galan, y tiene
en Flandes un rico estado,
que puede hacer venturosa
á la mujer de mas garbo:
amante á tus piés lo pone,
solo por lograr tu mano.
Si el verte de España ausente

tu pensamiento ha turbado,
en los príncipes ejemplo
puedes tomar, que dejando
sus patrias, buscan las otras
solo por razon de estado.
El sujetar sus pasiones,
es propio de ánimos altos,
que el cortesano artificio
le inventó el prudente sábio.
Si oculta causa te obliga
para negarte á lo humano,
ceda el gusto al sentimiento
por no faltar á lo hidalgo.
Yo me retiro, tú ahora
lo puedes mirar despacio,
que no pretendo estorbar
tus penas, ni hacerte cargo
de que adores, ni desdores,
pues siempre es tuyo mi hermano. (*Vase.*)

ESCENA VII.

DOÑA JUANA *y* LUCIA.

JUANA. Válgame el cielo mil veces!
qué de cosas han pasado
por mí, Lucía!

LUCIA. No entiendo
tus lucidos intervalos:
vienes de España á casarte,
y cuando tiene tu hermano
ya prevenida la boda,
finges tristezas, desmayos,
hipocondrías, jaquecas,
temblores, tiricia y flatos,
y otros males, solo á fin
de dilatar este plazo:
noble es el baron, y tiene
de renta seis mil ducados,
y sobre todo, es galan;
qué aguarda tu estilo ingrato?

JUANA. Tarde, ó nunca en estas dichas
mi pena hallará descanso.

LUCIA. En qué lo fundas?

JUANA. No vés
que es niño amor, y si acaso
para quitarle una joya
le dan una flor del campo,
el inocente la admite,
y tiene por agasajo
lo que es menos? pues lo mismo
le sucede á mi cuidado,
que si es aprension la dicha,
y esta en mis penas la hallo,
otra no quiero, pues vivo
gustosa con el engaño.

LUCIA. Con esto disculpar quieres
aquel tu capricho estraño
de inclinarte á un labrador?

JUANA. Tú, como nunca has amado,
no conoces el dominio
de aquel ciego dios alado,
que para juntar distancias,
tuerce con violencia el arco;
y asentado lo primero,
que soy mujer, lastimado
tengo el corazon, de ver
que en mi palabra fiado
fuese á buscar mas fortuna
Lorenzo, porque pasando
por mil desdichas, y riesgos,
al cabo de los tres años,
verá que no le cumplí
la palabra que le ha dado.

LUCIA. Miren qué gran caballero,
para que te dé cuidado,
un hombre, que cuando mucho,
se habrá otra vez vuelto al campo,
á continuar la carrera
del carbon ó del arado.

JUANA. Lorenzo tiene valor,
y por la guerra alcanzaron
muchos sugetos humildes

honores, triunfos, y lauros

Lucia. Esto era, señora mia,
en tiempo de los romanos!
pero ahora...

ESCENA VIII.

Dichas, D. Juan *y* Lorenzo, *con las insignias militares, y* Martin *de soldado ridículo.*

Juana. Si amor...

Lucia. Calla, que viene tu hermano.

Juan. El Marqnés de Santa Cruz,
hermana mia, á quien debe
tantos aplausos el bronce,
y España tantos laureles,
me ha dado una compañía,
de que muy gustosa puedes
darme el parabien, no solo
porque así me favorece,
sino por haberme dado
por camarada y alférez
al señor Lorenzo Flores,
de los hombres mas valientes,
que en Flandes ciñen espada.

Juana. Huélgome de conocerle:
ay de mí! si es fantasía, *(Ap.)*
sombra, ilusion, qué me quieres,
que á tan remotas regiones
á turbar mi inquietud vienes?
Es de Toledo? *(Alto.)*

Juan. Yo juzgo
que ha de ser nuestro pariente.

Juana. En verdad que su valor,
y talle, no desmerece
el apellido.

Lorenz. Señora,
yo, si en mí... cielos, valedme! *(Ap.)*
yo estoy turbado; qué miro!
doña Juana está aquí? es este
engaño de los sentidos?

digo, que os beso mil veces
la mano, y esclavo vuestro
he de ser eternamente,
como lo soy desde ahora
de mi capitan.
(*Hablan las dos á hurto de D. Juan.*)

JUANA. No es este,
Lucía, Lorenzo?

LUCIA. El mismo
como cinco y dos son siete.

JUANA. Sin mí estoy!

JUAN. Estos soldados son
de gran valor, comunmente
mas saben obrar, que hablar:
ahora bien, señor alférez,
aqui podeis aguardarme,
si gustais, un rato breve,
mientras voy á prevenir
al baron, que tengo un huésped,
y pues desta casería
está cerca el sitio, siempre
podeis tener desde ahora
por vuestro este pobre albergue.

LORENZ. Haré lo que me mandais:
á tus piés, señora tienes
á un infeliz, que sin duda
te adoró para perderte,
porque no pudiera yo
mirarte tan de repente,
sino para mayor daño,
que de ordinario la suerte
dá bienes, á un desdichado
para quitarle los bienes,
que tal vez de los pesares
son vísperas los placeres.
Divino imposible mio,
norte de mis altiveces,
idolatrada esperanza
de mis suspiros ardientes,
qué novedad, qué suceso
pudo á tu hermano moverle
para conducirte á Flandes?

Qué desdicha, qué accidente
te obligó á dejar á España?
Pero si acaso enmudeces
por saber de mi fortuna
el sér que á tu sér le debe,
porque luego me respondas,
te lo diré brevemente:
Yo, señora, confiado
en tus promesas alegres,
vine á ser mas por la guerra:
(ó que mal pleito que tiene
quien sale á buscar la vida
por las sendas de la muerte!)
Y como para ser tuyo
era preciso que fuese
nuevo asombro de los siglos,
y admiracion de las gentes,
esponiéndome al peligro
de las picas, y mosquetes,
muchas heridas me han dado;
pero no fueron crueles
las heridas que repito,
cuando considero alegre,
que son ventanas por donde
puedo entrar á merecerte;
qué rigores no he pasado
por tí! qué escuchas! qué ardientes
llamas no le han parecido
á mi sufrimiento leyes!
Pues cómo, divino dueño,
no me hablas? de qué enmudeces?
qué te embaraza? qué es esto,
señora? Si te arrepientes
de aquella noble promesa
que me has dado, y te parece
que puedo llegar por mí
algun dia á merecerte,
un pobre labrador soy,
señora, no soy alférez,
y me volveré á los campos,
que quizá menos rebeldes
los riscos, á mi valor

darán mas piadoso albergue,
pues centro han sido los montes
de los desengaños siempre.

JUANA. Lorenzo (ay silencio mio!)
haces cargo injustamente,
que con otra mayor pago
la inclinacion que me tienes,
y no pudo la fortuna
en el estado presente
hacerme mayor lisonja,
que llegar feliz á verte
con esa insignia de Marte,
que por lo menos promete
á tus nobles esperanzas
mas venturosos laureles.
Yo estoy sujeta á mi hermano,
que como padre, en mí tiene
aquel natural dominio,
que dan las comunes leyes
á los que con sangre ilustre
nacieron por accidente.
Al baron Rosel por mí,
con quien grande amistad tiene,
dice, que ha dado la mano,
para cuyo efecto breve,
desde Toledo me trajo;
mira tú si es bastante este
estorbo para turbarme
el regocijo de verte:
lo que puedo hacer por tí
es dilatarlo hasta...

LORENZ. Tente:
ha ingrata, como me engañas!
De España á casarte vienes
á Flandes, y esto me dices!
Qué es esto? cielos, valedme!
Rosel es gran caballero,
rico, discreto, valiente;
y entre la luna, y el sol
sería eclipse oponerme,
siendo mi linage humilde,
que es de calidad la suerte,

que lo que ha de negar, solo
permite que se desee;
pero no será tu esposo
viviendo yo, porque de ese
rebellin del enemigo,
desesperado un mosquete
buscaré para sepulcro,
y ruego al cielo, que llegue
tan arrebatado el plomo,
que de púrpura caliente
tiña el lugar denegrido,
que me dió la patria agreste,
porque veas que he cumplido
lo que he prometido siempre,
de morir, ó ser dichoso:
balas y horrores me cerquen,
que así moriré contento,
si es que acaso no vuelve
con el gusto de morir
á darme vida la muetre. *(Vase.)*

ESCENA IX.

JUANA, MARTIN *y* LUCIA.

JUANA. Aguarda, detente, espera.
MART. Vive Dios, qué es detenerle?
hacernos venir á Flandes
con su carita de sierpe,
pasando lo que Dios sabe
por trincheras, y ornabeques,
y ahora muy falsita
la gata de Mari Perez?
Plegue á Dios, Lucía ingrata,
que antes que yo vuelva á verte,
un solomo de adobado
en las tripas se me pegue,
y que el gran licor de Esquivias,
con el de Pedro Gimenez,
á puros carabinazos
las piernas me desjarreten,

y con el tufo precioso,
que se hospedare en mis sienes,
muera atolondrado yo,
si es que acaso no me vuelve
con el gusto de morir,
á darme vida la muerte. (*Vase.*)

LUCIA. Qué asi le dejases ir?

JUANA. No aguardó á que le dijese
lo que intentaba yo hacer:
tú se lo dirás si vuelve.

LUCIA. Y es?

JUANA. Que con el baron
no intento casarme.

LUCIA. Fuerte
resolucion es la tuya.

ESCENA X.

DICHAS, MADAMA TEODORA.

TEODOR. Vengo, Juana mia, á verte
y á darte dos mil abrazos,
pues ya mi esperanza tiene
celages de la victoria,
que amor por tí me promete.
Este que salió de aqui,
que de D. Juan es alférez,
es el español que adoro,
y pues habeis de tenerle
por amigo, Juana mia,
de que le quiero le advierte.

JUANA. Esto solo me faltaba
para que me desespere. (*Ap.*)

TEODOR. Haz que sin temor me mire,
pues que puede honestamente,
que aqui no es como en España,
que en hablándose dos veces,
llaman traidores los hombres,
ó fáciles las mujeres;
cualquiera doncella noble
ir á los festines puede

con el galan que la sirve,
y hablarle y favorecerle.
Dile que venga esta noche
al sarao, que te previene
el baron para alegrarte.

LUCIA. No son malos los cordeles.

TEODOR. No harás aquesto por mí?

JUANA. Haré lo que yo pudiere,
mas pienso que podré poco:
disimular me conviene. (*Ap.*)

TEODOR. No te pareció gallardo?

JUANA. Mucho.

TEODOR. Qué bizarramente
entró con el capitan!

LUCIA. Por Dios que andan bien los fuelles.

JUANA. Y que sea el callar fuerza! (*Ap.*)

TEODOR. Pues es fuerza conocerle,
cuéntame su calidad,
qué nobleza y sangre tiene,
qué padres, deudos, y hacienda.

JUANA. Si hoy, Teodora, vino á verme,
como alférez de mi hermano,
mal pudo satisfacerme;
por tí le preguntaré
lo que deseas, si vuelve.
Adios.

TEODOR. Adios.

JUANA. Yo me abraso,
pues que mis desdichas quieren,
sobre el mal que yo padezco,
me den los zelos la muerte.

TEODOR. Sin duda hoy logro mi amor,
si Juana me favorece.

ESCENA XI.

DOÑA JUANA *y* LUCIA.

LUCIA. De las dos se puede hacer
un pretal de cascabeles.

JUANA. Lucía, yo ya no puedo

callar, que un tormento fuerte
en el potro de los zelos
hace que mi amor confiese.
Yo quiero bien á Lorenzo,
y háme picado de suerte
esta nécia, esta Teodora,
con ver que tambien le quiere,
que de aqui adelante pienso
de veras favorecerle,
porque á otro amor no se rinda;
y si á Martin buscar puedes,
para que diga á Lorenzo,
que venga esta noche á verme
al festin, y que este lazo
(*Dale un lazo de tocado.*)
será la seña que lleve,
para que yo le conozca:
ve apriesa; qué te detienes?
yo voy sin mí!

LUCIA. Nadie hará
lo que los zelos no hicieren. (*Vanse.*)

ESCENA XII.

D. JUAN *y el* BARON.

JUAN. Todo, Rosel, lo he dejado
con la nueva del suceso.

BARON. No menos me trajo á mí,
pero deseo saberlo,
que no estoy bien informado.

JUAN. Al ejército vinieron,
señor baron, dos trompetas
de los rebeldes soberbios;
estando en él publicaron
un desafio tan nécio
como muestra este traslado
de la copia que me dieron.
(*Muéstrale un papel.*)

BARON. Señor D. Juan, esa es propia
accion de hereges soberbios,

que como les falta Dios,
les falta el entendimiento;
y el marqués qué determina?

JUAN. Hallóle el cartel batiendo
el castillo de Durén,
y mostrando sentimiento
de la desvergüenza, quiere
castigar su desafuero.

BARON. Nombró quien con ellos salga?

JUAN. Nombró al baron Filiberto,
á Falcon Napolitano,
y á mi alférez de los nuestros.

BARON. No hay, D. Juan, en todo el campo
español, como Lorenzo,
estotros no los conozco.

JUAN. Ellos al marqués pidieron
les hiciese esa merced.

BARON. Qué plazo?

JUAN. Será muy presto.
(*Tocan al arma dentro.*)

BARON. Asaltando estan el fuerte,
tiene mucha gente dentro,
será imposible tomarle.

JUAN. Con qué generoso esfuezo
el marqués su gente anima,
qué valientes, qué lijeros
van trepando los soldados
de las rodelas cubiertos.

ESCENA XIII.

DICHOS, MARTIN.

MART. Fuego de Cristo, que zurra
les van pegando los nuestros!
Válgame Dios, y qué gusto
es ver desde afuera el fuego!
O que famoso balcon
es este de los Pañeros!
qué lindo toro! es un rayo.

ESCENA XIV.

EL MARQUES, EL BARON *y soldados.*

MARQ. Brava defensa me han hecho;
pero por vida del rey,
que hasta ponerle en el suelo
no he de quitarme las armas.
BARON. Ganado el castillo, es cierto,
invictísimo señor,
que Durén quede por nuestro.
MARQ. Quien será aquel español,
que entre las almenas puesto,
parte del muro rompido
le ha derribado y le ha muerto?
BARON. El polvo, fagina y piedra,
le habrá servido de entierro.
MARQ. Rodando y aun casi vivo
viene á nuestros piés su cuerpo.

ESCENA XV.

DICHOS, *y* LORENZO *con un estandarte.*

LORENZ. Pues llegué ya á vuestros piés,
invicto señor, no quiero
mas premio, que haber llegado
á rendir mi vida en ellos;
(*Caido á los piés del marqués.*)
tomad estos estandartes,
si no trofeos, efectos
de un hombre desesperado.
MARQ. Quién eres, Aquiles nuevo?
quién eres, heróico jóven?
JUAN. Mi alférez, señor, que pienso
que perdeis en él un hombre,
que no salió de Toledo
á Flandes mejor espada.
MARQ. Pésame, y mas cuando llego

á pensar el desafio
en que nombrado le tengo:
puse en su espada el honor
de España, aunque Filiberto
y Falcon, son dos soldados
de la opinion que sabemos;
suceda Flores á Flores,
vos...

JUAN. Mirad... *(Señala el brazo herido.)*

MARQ. Cierto.

LORENZ. Teneos,
que aun vive Lorenzo Flores,
y aunque mas justo derecho
tiene aqui mi capitan,
á cuyos merecimientos
rindo mi espada y honor,
bien sabeis que fuí el primero
nombrado por vos.

JUAN. Alférez,
yo vuestra vida deseo,
no quiero mayor honor.

MARQ. D. Juan, quitarle no puedo
á Flores lo que le dí,
y ahora honrarle pretendo
con darle la compañía
de D. Iñigo Pacheco,
que está vaca.

LORENZ. Gran señor...

MARQ. Señor capitan Lorenzo,
nada me digais ahora,
id á descansar, que luego
trataremos de amansar
los enemigos soberbios.

BARON. Y no hais menester salir
de mi casa, que aposento
os he preparado.

MART. Gracias
(Señala el baron su aposento.)
por tan rendidos obsequios.

LORENZ. Irás por el equipaje,
Martin.

MART. Y podré traerlo

yo solo?

BARON. Irán mis criados.

MART. Si en una calceta creo
que cabrá.

LORENZ. Eh! calla!

BARON. Yo voy
á preparar el concierto. (*Vase.*)

ESCENA XVI.

LORENZO *y* MARTIN.

MART. Pues de tan rudos embates
á descansar vamos, quiero
darte el parabien.

LORENZ. Martin,
de que me sirven los puestos,
si con ellos no consigo
el logro de mis intentos?
Si mi esperanza, ay de mí!
se desvaneció en el viento,
para que quiero la dicha,
si la dicha no apetezco?
Pero cuándo para un triste
llegó la fortuna á tiempo?

MART. Y como que á tiempo llega
si me escuchas.

LORENZ. Ya te atiendo,
porque siempre que camino,
con oirte me divierto.

MART. Apenas de Doña Juana
te despediste gimiendo,
cuando dentro de un instante,
Lucía, que es el correo
de la estafeta de amor,
me vino á buscar, diciendo:
que á un sarao que se hacia
despues en este aposento,
te hallases sin duda alguna,
que tendria gusto en eso
la señora Doña Juana;

por señas, que de su pelo
te envia un lazo de cintas
con que adornes el sombrero
para poder conocerte,
por ser uso en los festejos
el entrar con mascarillas.

LORENZ. Motivo de sus desprecios
quiere que sea mi amor;
dame el lazo.

MART. Vive el cielo,
(*Busca las faltriqueras.*)
que no le hallo, por mas
que le busco: estoy sin seso!

LORENZ. Mira bien la faltriquera.
(*Saca de las faltriqueras lo que dice en los versos.*)

MART. Aqui solo hay pan y queso,
el peine, tabaco y naipes:
Lucía me le dió envuelto
en unos versos, sin duda
se le han comido los versos.

LORENZ. Pues cómo se te ha caido?

MART. No lo sé, señor, mas pienso
que era lazo escurridizo.

LORENZ. Que por tu descuido, nécio,
me ponga á un desaire yo!
si no me ve en el sombrero
el lazo, qué dirá Juana?

MART. Discúlpate con mi yerro,
ó ponte cualquiera cinta.

LORENZ. Y si el color es diverso,
cómo podrá conocerme?

MART. No ves que el amor es ciego,
y no juzga de colores?

LORENZ. Mal haya tu entendimiento!
de qué manera era el lazo?

MART. Era entre azul y bermejo,
amarillo y verdegay,
mas del color no me acuerdo.

LORENZ. Que siempre has de estar de chanza!
molerte fuera bien hecho
con un palo.

MART. Antes me honráras,

pues fuera hacerme sargento.

LORENZ. Ahora bien, pues ya el descuido
tuyo no tiene remedio,
yo me daré á conocer
por señas en el festejo;
por el equipaje vuela,
y ven pronto, porque quiero
Martin, irme á prevenir,
que ya viene anocheciendo.
(*Suenan instrumentos.*)

MART. Y de que el sarao comienza
avisan los instrumentos;
vamos, señor, que ya es hora.

LORENZ. Juana á mí me llama: cielos,
si en su desden no hay mudanza,
otra ventura no espero. (*Vanse.*)

ESCENA XVII.

BARON *y* CRIADOS.

BARON. Pues colocasteis la música,
y á esos salones vinieron
algunos señores, antes
que comience el sarao nuestro,
haz que entren los aldeanos
á bailar: descorran luego
esas cortinas y pasen.
Den á la fiesta comienzo.
(*Descorren las cortinas y aparece la galería iluminada y llena de gente.*)

ESCENA XVIII.

EL BARON, ALDEANOS *de ambos sexos que van entrando y colocándose. Bailan.*

BARON. Jurára que aqueste lazo
que me he hallado aqui dentro,
esta mañana le ví

en el precioso cabello
de Doña Juana; y si acaso
ella le ha perdido, quiero
que sepa, que la fortuna
me le ha dado, por empeño
de que adoro sus despojos;
y si no le echáre de menos,
será avisarla, que yo
me le pongo en el sombrero
por blason de mis memorias,
y que su olvido condeno;
la mascarilla me pongo,
porque el festin empecemos.

ESCENA XIX.

Dichos, *con mascarilla* D. Juan, Doña Juana, Lorenzo, Martin, Teodora *y* Lucia *hablando á su tiempo con Doña Juana y con Teodora, conforme los versos de cada uno.*

Coro. Hoy presenta el dios vendado
batalla á los elementos,
y tocando al arma, rinde
dos mundos á sangre y fuego.

Juana. Pues por el lazo conozco,
que el que le trae es Lorenzo,
he de alentar su esperanza.

Teodor. Si no os ha dicho mi afecto, *(A Lorenzo.)*
gallardo español, sabed,
que hay quien se alegre de veros.

Lorenz. No aspiro á tanto imposible,
con mi amor estoy contento.

Baron. Cuando adorado prodigio, *(A Doña Juana.)*
veré piadoso tu cielo!

Juana. Siempre vos en mi memoria *(Al Baron.)*
tuvisteis seguro el premio;
vuestra he de ser.

Baron. Alma, albricias,
que ya su rigor es menos.

Juana. Si lo que dispensa el baile, *(A Teodora.)*

lo hiciera amor mi trofeo,
solo estaba en esta mano.

TEODOR. Es ya mi albedrio ageno. (*A D. Juan.*)

TEODOR. Hasta en el festin, señora,
vos de mi semblante huyendo?
(*A Doña Juana.*)

JUANA. Para abrasar tanta nieve, (*A Lorenzo.*)
vuestro amor es poco incendio.

LORENZ. Ha falsa, ingrata, engañosa,
para desaires como estos
me llamais? yo estoy sin mí!
todo un volcan es mi pecho!

BARON. Pues me anticipais la vida,
aseguradme el aliento; (*A Doña Juana.*)
cuando será el dia?

JUANA. Cuando
os vea en mas alto puesto,
porque os aseguro, que
no será el baron mi dueño.

BARON. Qué he escuchado! esta es cautela,
y he de quedar satisfecho,
(*Quítase la mascarilla.*)
examinando este agravio:
no danceis mas, caballeros,
parad, que lo ordeno yo,
por ser de esta casa el dueño.
Todos descubrid las caras,
que en habiendo en los festejos
algun delito, es costumbre
descubrirse por el reo. (*Descúbrense.*)

JUAN. Ya todos se han descubierto.

JUANA. Qué miro! ay de mí! engañada
tuve al baron por Lorenzo: (*Ap.*)
qué haré, cielos?

BARON. Dudas mias,
verdades sois, y no zelos.

JUAN. Hablad, en qué os suspendeis?

TEODOR. Qué te ha movido á este empeño?

LORENZ. Qué delito!

BARON. Que una joya
perdí, con los movimientos,
de diamantes y rubíes;

y aunque era de grande precio,
mas la estimaba, por ser
de una hermosura, á quien debo
un desengaño: ah traidora!
mal pagas mi fé, y supuesto
que ninguno me la dá,
yo la cobraré á su tiempo,
pues ya yo sé quien la hallado,
aunque lo calle el silencio. (*Vase.*)

LORENZ. Llamarme al festejo Juana
para no escuchar mis ruegos!
qué es esto, cielos? Abismo
de confusiones parezco. (*Vase.*)

TEODOR. Mi amor le habrán dicho ya,
pues vino al festin Lorenzo. (*Vase.*)

JUAN. Irse el baron enojado!
Teodora hablarme con ceño!
honor mio, aqui hay sin duda
algun engaño encubierto. (*Vase.*)

JUANA. Si al uno el lazo le envio,
cómo en el otro le encuentro?
y por no hacerle el desaire
al uno, á los dos desprecio. (*Vase.*)

MART. Cuando esperaba una cena,
Lucía mia, hallo un duelo.

LUCIA. Mira, Martin, lo que son
deste mundo los festejos.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.



ACTO TERCERO.



Sala.

ESCENA PRIMERA.

TEODORA, JUANA *y* LUCIA.

TEODOR. El sentimiento que anoche
mostró mi hermano en la fiesta,
juzgo que ha sido por ver,
que el capitan Flores entra
á festejar mi hermosura.

JUANA. Si en los saraos es licencia
comun, qué razon habia
para formar dello ofensa?

TEODOR. De que á Lorenzo llamases
te agradezco la fineza;
pero es menester ahora,
que como amiga y tercera,
le dés á entender mi amor:
que al paso que sus proezas
van creciendo en sus aplausos,
crece la aficion secreta
de mi amoroso cuidado;
dile, Juana, que no tema,

porque imposibles mayores
allana amor.

LUCIA. Linda flema!
traza tiene de mandarte,
que bailes las paraletas,
mira que te va el honor
en que tu pasion no entienda.

ESCENA II.

DICHAS, LORENZO *y* MARTIN.

LORENZ. Martin, mi amor y mis zelos
de los cabellos me llevan.

MART. Mira que está aqui Teodora.

LORENZ. Ya aqui importa de sus quejas
darme por desentendido.

MART. Pues habla de otra materia.

LORENZ. Yo fingiré otro motivo.

LUCIA. Mas qué es lo que miro! alerta
que está Lorenzo en campaña.

TEODOR. Famosa ocasion es esta
para que sepa mi amor.

LORENZ. Señoras, á la presencia
del sol llegára cobarde,
si las alas no me diera
la obligacion de serviros,
que en mi voluntad es deuda;
tres á tres á un desafio
salimos en competencia,
sobre si al cetro español
Holanda ha de estar sujeta;
y aunque se ve que esto ha sido
invencion de la soberbia
del de Orange, el marqués quiere
castigarla, y que yo sea
uno de los tres que salen;
y aunque la ocasion me empeña,
un disgusto me ha quitado
la esperanza de que tenga
buen suceso por mi parte,

porque quien morir desea,
mucho lleva anticipado
para que asi le suceda.
Vengo solo á despedirme,
y á llevarme alguna prenda
de favor, para que sirva
de norte á mi poca estrella.

TEODOR. Aqueso por mí lo dice. (*Ap.*)

JUANA. Que haya de callar mis penas!

TEODOR. Yo soy, bizarro español,
Teodora, de aquesta tierra
señora, y en cuya quinta
Doña Juana se aposenta
por órden del que ha de ser
su esposo, si desta guerra
sale el marqués victorioso:
ella os habrá dado cuenta,
como yo se lo he rogado,
de que á las hazañas vuestras
estoy muy aficionada;
si no hay quien os favorezca,
mas que yo, esperad aqui,
y entraré por una prenda,
que lleveis al desafio;
despue me dareis respuesta:
dile ahora muchas cosas
de mí, pues con él te quedas. (*Vase.*)

ESCENA III.

DICHOS, *menos* TEODORA.

LORENZ. Es, señora, esa invencion
de vuesamerced?

JUANA. Quisiera
estar sin vida.

LORENZ. Teodora
me quiere, y honrarme intenta
con favores de su mano:
es porque yo me entretenga
mientras te casas, ingrata;

cómo con doble cautela
me llamas para el sarao,
y luego en él me desprecias?

JUANA. Es engaño. .

LORENZ. No es engaño.

JUANA. Ay, Lorenzo, si supieras
las memorias que me debes,
qué diferentes sospechas
tuvieras de mis cuidados!

LORENZ. Lo que ví y escuché, niegas?

JUANA. La seña que dí á Martin,
la ví en el sombrero puesta
del baron; imaginando
que eras tú, le dí respuesta
afable, y á tí desprecios,
pensando que el baron eras.

MART. Es verdad, yo la perdí,
él se la halló por la cuenta.

LORENZ. De mi estrella desconfio.

MART. Por Dios, señor, que no seas
de aquellos nécios amantes,
que en dándoles la caletra,
gastan en sus pesadumbres
lo que en sus gustos pudieran:
Flores sale al desafio,
si quieres que viva y venza,
dale una prenda y los brazos,
dile que harás de manera,
que no se case el baron,
será cosa tan bien hecha,
que te lo agradezca España,
su rey, Toledo, su tierra,
el ejército, el marqués,
Francia, Italia, Inglaterra,
el mundo y los mosqueteros
del patio de las comedias.

JUANA. Martin, quien dá la esperanza,
en nada al amor se niega.

LORENZ. Hasta verlo, permitid
que esta ventura no crea.

MART. Si es que has de favorecerle,
no dés lugar á que venga

Teodora.

JUANA. Este airon es tuyo
y estos brazos.

ESCENA IV.

DICHOS, TEODORA.

TEODOR. Mejor prenda
es esta, que no la mia.
JUANA. Es uso de nuestra tierra
dar las damas un abrazo
al caballero que intenta
favor para el desafio.
TEODOR. Pues yo, que ya de flamenca
me paso á ser española,
razon es que lo parezca;
mis brazos os doy tambien,
y porque la color sea
destas plumas esperanzas,
por favor las llevad puestas.
LORENZ. Yo lo estimo: adios señora. (*Vase.*)
JUANA. Mi vida en la tuya llevas. (*Ap.*)
TEODOR. El cielo os haga dichoso.
MART. Y ella no me dá, doncella,
siquiera un abrazo sola,
como su ama?
LUCIA. Tente, bestia.
MART. Pues por qué?
LUCIA. Aqui entra un cuento.
Venia un hombre de fuera,
y un perrillo que tenia,
comenzándole á hacer fiestas,
en los hombros le saltaba;
estaba un pollino cerca,
y tuvo envidia del perro,
y de la misma manera
quiso halagar á su amo,
y poniéndose en dos piernas,
le derribó una quijada:
saca tú la consecuencia.

MART. Segun eso, vengo á ser
el pollino, y tú la perra?
pues dame una mano blanca.
LUCIA. Tampoco.
MART. Dame una trenza.
LUCIA. Mucho menos.
MART. Dame un guante.
LUCIA. Si tú, Martin, no pleas,
para qué quiere favores?
MART. Para ser hombre de prendas.
LUCIA. Ay que lacayo de flores!
MART. Ay que fregona de perlas! (*Vase.*)

ESCENA V.

DICHAS, *menos* MARTIN *y* LORENZO.

TEODOR. Di lo que te habló de mí.
JUANA. Fino, Teodora, se muestra,
pero vive temeroso
de que tu hermano no quiera
venir en el casamiento.
TEODOR. Pues no podrá con cautela
decir, que soy ya su esposa?
JUANA. A mucho riesgo se empeña,
por ser tan gran caballero,
el baron.
TEODOR. Si tú quisieras...
LUCIA. Ya escampa, y llovian ladrillos.
JUANA. Ay, Lucía! yo estoy muerta!
porque en su amor no prosiga,
valdráme aqui la cautela:
no fuera mejor, Teodora,
que amor, que tan mal empleas,
le lograse otro sugeto
mas digno de tu nobleza?
Tus altivos pensamientos
de cuando acá se sujetan
á humildes desigualdades,
cuando de ilustre te precias?
Los bizarros esplendores

de tu sangre á una materia
de inferior fortuna, habian
de rendir la fortaleza?
Tú, por un capricho vano,
que amor dibuja en tu idea,
habias de aventurar
de tu opinion la firmeza?
Ahora bien, Teodora, á mí,
como quien tu bien desea,
me toca desengañarte.

TEODOR. Como amiga me aconseja:
qué enmudeces?

JUANA. Digo, pues,
que viene á ser vana empresa
para tu aficion Lorenzo,
que es mucha la diferencia
de los dos, y no conviene
que tu opinion oscurezcas
en un hombre de valor,
y de tanta fama, y prendas;
qué defecto puede haber,
para que capaz no sea
de mi atencion?

LUCIA. Es un pobre
labrador.

TEODOR. Acá en la guerra
no se repara en linages,
porque quien mejor pelea,
es solamente el mas noble,
y el ser labrador no es mengua,
que á tan honesto ejercicio
nunca el honor se le niega.

JUANA. No sé que has visto en Lorenzo,
para que tanto le quieras.

TEODOR. Su valor, su talle, y brio,
su discrecion, y modestia.

JUANA. Y si hubiese hecho carbon
en un monte de su tierra?

TEODOR. No sé lo que te responda,
ya aqueso es de otra materia;
abrid los ojos, amor,
mi honor por su aplauso vuelva,

respeto mio, al aviso.

JUANA. No es mejor que esas finezas
te las merezca mi hermano,
que tan fino te festeja,
y tan galan te enamora?

TEODOR. No es fácil que me resuelva
tan presto, que há mucho tiempo
que fijo á esta oscura idea,
y há poco que el desengaño
á mi pensamiento llega.
Adios, mal fundado empleo (*Ap.*)
de mi memoria, que apenas
naciste, cuando una sombra
te turba, y te desalienta.

JUANA. Avanza de tu discurso
esa bastarda influencia,
que si he de decir verdad,
porque de una vez lo entiendas
Teodora, pero contigo
mi hermano me hizo tercera
de su amor, así es preciso,
que á Lorenzo á hablar no vuelvas,
porque importa á tu decoro.

TEODOR. Ignoraba su bajeza,
y de D. Juan hasta ahora
no he visto amorosas señas;
y pues en lances de amor
nací con tan poca estrella,
á consultarlo despacio
me retiro con mis penas,
porque mi honor, y mi sangre,
que no admita me aconseja,
ni de Lorenzo memorias,
ni de tu hermano finezas.

LUCIA. Con eso, de su capricho
ya disuadida la dejas.

JUANA. Engañar con la verdad
fue siempre industria discreta.

LUCIA. Silencio, que Rosel viene.

ESCENA VI.

Dichas, El Baron Rosel.

Baron. Salte, Lucía, allá fuera,
que con tu señora aqui
tengo que hablar.

Lucia. Norabuena;
ay infeliz tortolilla!

Baron. Ahora de mis sospechas
he de examinar la causa,
mas de suerte, que no entienda
Juana mi desconfianza,
que hasta apurar la materia,
el que discurre su agravio,
él se hace á sí mismo ofensa.

Juana. Vos triste una vez que os veo?
qué suspension es la vuestra?

Baron. La dilacion de entregarse
Durén, cuyo fin espera
mi amor para enlazar dichas;
pero siempre que mi pena
me trae á tus ojos, luego
en alegría se trueca,
efectos del sol, que aclara
lo oscuro de la tiniebla:
pero dejando esto aparte,
yo preguntarte quisiera,
por cierta curiosidad,
una verdad.

Juana. Pues qué esperas?

Baron. Señora, quien es Lorenzo
Flores en Toledo?

Juana. Yerras
en pensar que lo conozco,
solo porque sale y entra
con mi hermano aqui le he visto.

Baron. Ayer le dejé en la tienda
del marqués, y luego anoche,
sin que yo le previniera,

ni D. Juan tampoco, estuvo
en el festin.

JUANA. Señor, esa
fue noticia de Teodora,
porque como él la festeja
con aquel lícito aplauso,
que se usa en aquesta tierra,
le llamó.

BARON. Cielos, qué escucho?
vana ha sido mi sospecha:
y dime, quién te obligó
á que anoche me dijeras,
no será el baron mi dueño?

JUANA. Pensé que mi hermano eras
por un lazo que le dí,
y como me daba priesa
para casarme contigo,
yo le respondí resuelta:
no será el baron mi dueño,
hasta acabarse la guerra
de Durén, que anda encendida,
y la consonancia mesma
del son, me atajó la voz
con que no pudo la lengua
pronunciar con los compases
toda la razon entera.

BARON. Albricias, amor; perdona,
señora, la inadvertencia,
que es la pasion melindrosa
hasta encontrar la evidencia:
adios.

JUANA. El vaya contigo.

BARON. Qué mal fundadas ideas
tiene el honor! Pero es vidrio,
y al menor soplo se quiebra. (*Vase.*)

JUANA. Ya con la disculpa á tiempo
me escapé de la tormenta.

ESCENA VII.

D. Juan *y* Marques.

Juan. Si rendimos á Durén,
luego se ha de dar Cambray.
Marq. Si tantos socorros hay,
no es posible que se dén.
Juan. Y ha sabido vuecelencia
si entraron socorro?
Marq. No,
mas Lorenzo se encargó
de hacer bien la diligencia.
Juan. Temo que se ha de perder
en Lorenzo un gran soldado.
Marq. Es en todo afortunado.
Juan. Bien se le ha echado de ver,
pues en ese desafio,
valiente Cid castellano,
venció á los tres por su mano.
Marq. No hay hombre de mayor brio.
Juan. Gran rumor de la victoria
anda por el campo todo.
Marq. Lorenzo anduvo de modo,
que se ha llevado la gloria.
Juan. Quedaron sus compañeros
muertos en el campo, y él
con ira y saña cruel,
tales fueron sus aceros,
que sin darse por vencido,
á rostro firme embistió
con los tres, y los rindió,
y aqueste el suceso ha sido.
Marq. D. Juan, poco he de perder,
ó ha de quedar bien premiado.
Lor. den. No he visto hombre tan pesado;
mucho debes de beber.

ESCENA VIII.

Dichos *y* Lorenzo *empujando á un* Tambor *con la caja á la espalda.*

Marq. Qué es esto?
Juan. Flores, señor.
Marq. Qué trae?
Juan. Grande fortaleza!
Lorenz. Una cuba de cerveza,
digo, un flamenco atambor,
para que te informe aqui
de lo que pasa en Durén.
Marq. En él á un tiempo se ven
dicha y valor.
Lorenz. Pasa allí.
Marq. Pésame que os hayais puesto
en peligro tan estraño.
Lorenz. No hay para serviros daño,
que no me parezca honesto.
Marq. Ha tambor.
Tamb. Señor.
Marq. Está
Durén muy fortalecido?
Tamb. Ninguna ciudad ha habido
como Durén.
Marq. Entró ya
socorro?
Tamb. Y grande, señor.
Marq. Qué gente?
Tamb. Mil hombres.
Marq. Mil?
gentil socorro!
Tamb. Y gentil
de quien lo trajo el valor.
Marq. Quién?
Tamb. Monsieur de Vique.
Marq. Es
un gran soldado en efecto: (*Ap.*)
incierto fin me prometo

despues del sitio de un mes;
y Monsieur de Balamí,
tirano de esta ciudad,
qué dice? dí la verdad.

TAMB. Que bien tomará de tí
cualquier honesto partido;
pero tiene una mujer,
cuyo valor puede ser
al de Lesvia parecido,
porque viéndole cobarde,
las armas por él tomó,
y por la ciudad salió
ayer en vistoso alarde.

MARQ. Ya me han dicho su valor.

TAMB. Si por su valor no fuera,
Durén, señor, se rindiera.

MARQ. Vuelve á la plaza, tambor,
y dí, que en esta campaña,
hasta que la vea rendida,
he de estar toda mi vida,
por vida del rey de España.

TAMB. Guarde el cielo á vuecelencia. (*Vase.*)

ESCENA IX.

DICHOS, *menos el* TAMBOR.

MARQ. Flores, yo tengo que hablaros.

LORENZ. En habiendo en qué agradaros,
no hay sino darme licencia.

MARQ. Apartémonos de aqui.

LORENZ. Qué es, señor, lo que mandais?

MARQ. Vos, capitan, me obligais;
yo os quiero bien.

LORENZ. Es asi.

MARQ. Os acordais, que en Toledo
á un hombre favorecisteis
una noche, que le disteis
socorro?

LORENZ. Muy bien me acuerdo,
y por Dios, señor, que el tal

con garbo la meneaba.
MARQ. Tiraba bien?
LORENZ. Sí tiraba,
me rio yo de Anibal;
recias, espesas y finas
las llovia á borbotones,
contra cuatro ó seis ladrones.
MARQ. Y á fé, que no eran gallinas,
vuestro favor le alentó.
LORENZ. No lo habia menester,
que hecho estaba un Lucifer.
MARQ. Pues Lorenzo, ese era yo;
mirad si en razon me fundo
en quererlo hacer por vos.
LORENZ. Vos y yo, para otros dos.
MARQ. Qué es para dos? venga el mundo,
señor Lorenzo: ahora bien,
el desafio pasado
toda la nacion ha honrado,
y al rey de España tambien;
y por lo que le ha tocado
de haber vuelto por su honor,
yo le he escrito, y del valor
vuestro, no mal informado,
quiero que un hábito os dé,
pues lo mereceis; mas quiero,
que vos me informeis primero
si poneros le podré.
LORENZ. Señor, diciendo verdad,
no tengo mas calidad,
ni padres mas generosos,
que estos brazos y esta espada:
soy un pobre labrador,
que no tuve mas honor,
que el arado y el hazada,
pero muy cristiano viejo:
por vida del rey, que no hay
en las tiendas de Cambray
cristal de mas limpio espejo;
de esta manera nací,
si es que la virtud se alaba,
que como en otros se acaba,

mi linaje empiiza en mí;
porque son mejores hombres
los que sus linajes hacen,
que aquellos que los deshacen,
adquiriendo viles nombres.
Hay una gran necedad
en el mundo introducida,
en viendo en alto subida
la virtud sin calidad,
todos afrentarla intentan,
y á los que miran perdidos,
alaban por bien nacidos
cuando su linaje afrentan.
No me dieron á escojer
padres, gran señor, y así,
donde Dios quiso nací,
que por mí comienzo á ser
lo que soy, no es heredado,
que nadie me agradeciera,
si yo mismo no me hiciera,
lo que otro me hubiera dado.
Yo no he de volver atrás
de hoy mas, con favor de Dios,
lo que fuere, á Dios, y á vos,
y á mí lo debo no mas.

MARQ. Pues yo me huelgo infinito,
que como si lo supiera,
de aquesta misma manera
al rey se lo tengo escrito,
y por instantes aguardo
la respuesta.

LORENZ. Señor, vos
como príncipe me honrais.

ESCENA X.

DICHOS, *un* AYUDANTE *y* MARTIN.

MARQ. Pero qué esto.
(*Tocan cajas.*)

AYUDAN. Señor,

á la plaza el enemigo
se acerca con un comboy
para socorrerla.

LORENZ. Vamos,
que con esto tendrán hoy
un refresco mis soldados:
avancemos.

MARQ. Eso no,
señor capitan, teneos,
que aqui por órden os doy,
que no salgais deste puesto,
y que con la guarnicion
que teneis lo mantengais,
hasta que os avise: adios. (*Vase.*)

ESCENA XI.

LORENZO *y* MARTIN.

LORENZ. Vive el cielo, que la guerra
es estrecha religion,
que ha de tener un precepto
dominio sobre el valor,
y que de mi propio brio
no he de ser el dueño yo!

MART. Parece que te has quedado
suspenso?

LORENZ. Válgame Dios!
si el ponerme en este puesto
el marqués, fue prevencion
del baron, que á ruego suyo
dispuso esta dilacion,
para entretanto casarse;
muy posible es, pero no:
locas memorias, dejad
de afligir un corazon.

MART. Ha señor! A esotra puerta.

LORENZ. Ay Doña Juana!

MART. Ha señor!

LORENZ. Qué quieres, Martin? Un triste

se alivia con su pasion.
(*Disparan y agáchase Martin.*)

MART. Sabes, señor, lo que veo?
que este sitio, sin mí estoy!
en que el marqués te ha dejado,
no es muy sano.

LORENZ. Por qué no?

MART. Porque siento en los oidos
no sé que cierto rumor
de unos pájaros de plomo,
que me hacen temblar por Dios.
(*Disparan y hace lo mismo.*)

LORENZ. Mira, Martin, los aplausos
del militar esplendor,
no se adquieren sin peligros;
nadie sin riesgo alcanzó
la posteridad, que deja
á los siglos el valor.
Ya tengo perdido el miedo
á las balas, y el furor
de Marte, porque á no ser
tan público este blason,
no supiera el rey de España
mi nombre, y le sabe hoy.
(*Vuelven á disparar y hace lo mismo.*)

MART. No es la guerra para todos;
mal haya quien inventó
tan peligroso ejercicio;
ser cochero no es peor:
que es ver en una batalla
tanto clarin y tambor,
tanto mosquete y balazo,
tanto ruido y tanto horror,
tanta municion de rayos,
y tanto severo harpon.
Luego decir un sargento
con brava resuelta voz,
señor soldado acometa,
porque palabra le doy,
si le matan, de ir trás él;
miren que linda razon
de pié de banco! despues

de muerto me hace el honor.
Daca el ataque, el avance,
el rebellin, el cordon,
el hornaveque, la escolta,
y aun disputan, vive Dios,
sobre quien ha de ir primero
á que le hagan salpicon.
No es este modo de vida
para mí, mas quiero yo
ser ganapan en Madrid,
que no aqui gobernador.

LORENZ. Como eres vil, no conoces
que es el premio desta accion
la victoria.

MART. Es verdad, pero
para mí fuera mejor
irme desde la Vitoria
hasta la Puerta del Sol,
y á la una desde allí
zamparme en un bodegon.

LORENZ. Como quien eres discurres.

MART. Yo me entiendo con mi flor.

ESCENA XII.

DICHOS *y* D. JUAN.

JUAN. De haberos hallado aqui
doy á mi fortuna gracias,
que há mucho que ando á buscaros.

LORENZ. Lo mismo habrá que me encarga
aqueste sitio el marqués.

JUAN. Ya descansareis, que trata
Durén de rendirse.

LORENZ. Es cierto?

JUAN. A pesar de la madama
del Monsieur de Balamí,
mujer tan desesperada,
que viendo que su marido
se ha rendido al rey de España,
se ha muerto con un veneno.

LORENZ. Loca hazaña, aunque romana.
MART. No importa, porque era hereja,
y en cualquier tiempo llevára
de que se rindió Durén
á Monsieur Calvino cartas:
desta vez á España vuelves.
JUAN. Mejor suceso le aguarda,
pues se ha de quedar en Flandes.
LORENZ. Martin, esto se declara (*Ap.*)
sin duda, que ya D. Juan
me ha casado con su hermana.
MART. Qué me darás si es verdad?
LORENZ. La mitad de mi esperanza.
MART. Pues será para el invierno
buen capote de campaña.
JUAN. Para que no esteis suspenso,
de una de las ordenanzas
de Flandes, diz que os darán
el tercio, que es de importancia,
con que os casereis quizá
con una noble madama,
digna de vuestro valor.
LORENZ. Para ponerlo á las plantas
vuestras, ha de ser, D. Juan,
cuanto tenga y cuanto valga.
JUAN. Y puesto que tantos dias
fuimos los dos camaradas,
es justo que de mis dichas
tambien partícipe os haga;
sabreis como aquesta noche
caso al baron con mi hermana,
y vengo á que vos me honreis,
como amigo tan del alma,
que el no daros cuenta, fuera
delito de mi ignorancia.
LORENZ. Ay de mí! cielos, qué escucho? (*Ap.*)
aqui dió fin mi esperanza:
yo iré, D. Juan, á serviros:
todo mi aliento me valga!
JUAN. De qué os habeis puesto triste?
MART. Es, que siente la desgracia
de que esta noche no pueda

hacer una encamisada.

LORENZ. Tristeza, ninguna tengo,
antes de ventura tanta
daros quiero el parabien,
que goceis edades largas.

JUAN. El contento que mostrais,
de nuestra amistad es paga.

LORENZ. Para un mal no hubiera alivios, (*Ap.*)
como hay para un bien mudanzas?
ah tirana! mas qué es esto?

JUAN. Este es el marqués, que mandó
que salgan los de Durén,
que se han rendido á las armas
del católico Filipo:
adios.

MART. Buena va la danza.

LORENZ. Mi muerte he de ir á ver! cielos,
antes permitid que caigan
los montes sobre mi vida.

ESCENA XIII.

EL MARQUES, UN BURGUES, *soldados, tocan cajas y clarines.*

MARQ. Digo, que con armas salgan,
y con banderas tendidas,
y que les doy la palabra
de entrar pacíficamente.

BURG. Vuelvo con esta esperanza,
porque la ciudad se aliente
despues de desdichas tantas. (*Vase.*)

ESCENA XIV.

LORENZO *y* MARQUES.

LORENZ. Yo solo morir espero,
ya que tu nombre y tu fama,
Bazan invicto, á los cielos

esta victoria levanta;
dame licencia, señor,
para que me vuelva á España,
adonde honrado me vean.

MARQ. Capitan, yo tengo cartas
del rey, que el príncipe Alberto
viene á Flandes, y á esta causa,
luego que llegue á Bruselas,
será fuerza que me parta,
y quiero que vais conmigo;
y porque en esta jornada
vayais con grande alegría,
y mas honrada á la patria,
en esta carta del rey
escuchad estas palabras.

LEE. En lo que toca á Lorenzo Flores, dareisle el hábito, sin mas pruebas, porque á mí me consta que lo merece.

Qué os parece? quién jamás
tuvo, haciendo su probanza,
un rey por testigo? Quién
se puso la roja espada
por virtudes, como vos?
Mirando os estoy la cara,
y no mostrais alegría.

LORENZ. Señor, antes por ser tanta,
y hallarme indigno, estoy triste.

MARQ. No es esa, Flores, la causa,
habladme claro; qué es esto?

LORENZ. Cierto, señor, que no es nada.

MARQ. Ya sabes lo que os estimo,
esa ingratitud me agravia;
ved que ya sois caballero,
y que desde hoy con ventaja
hemos de ser muy amigos.

LORENZ. No será jamás ingrata
mi obligacion, gran señor.

MARQ. Pues hablad, mostradme el alma.

LORENZ. Siendo yo labrador, miré en Toledo
de este D. Juan de Flores una hermana
tres años justos, entre amor y miedo;
que aun no llegaron á esperanza vana,

amor, que solo esta disculpa puedo
á su violencia proponer tirana,
no descuidado, la obligó á quererme
sin hablarme, señor, solo de verme.
Pero considerada mi bajeza,
concertamos que yo, porque los daños
reparase mejor de su nobleza,
fuese á ser otro yo, mirad que engaños,
obligando á esperarme su firmeza
el término preciso de tres años;
della me llamo Flores: qué rigores
dar fruto amargo tan hermosas Flores!
Seguí la guerra, en que sabeis que he sido
del rey, de vos, y del amor soldado:
lo que por merecerla he padecido,
ó hasta ponernerle en tan honroso estado,
no lo podré jamás poner á olvido,
ni menos las heridas que me han dado,
que solo amor pudiera hacer que un hombre
subiera desde humilde á tanto nombre.
Estando entre las armas divertido,
vino D. Juan á Flandes con su hermana,
porque en su ausencia le buscó marido;
burlóse amor de mi esperanza vana,
con el baron Rosel, Durén rendido,
se desposa esta noche: qué inhumana
resolucion para mi pobre vida!
bien empleada, pero mal perdida.
Convídame á la boda, y yo con miedo
de no dar á entender mi desatino,
quiero partirme á España, á ver si puedo
resistir el furor de mi destino:
si á lamentarme voy, neutral me quedo,
mirad qué puede hacer quien ciego vino
á ganar una dama por la espada,
que aquesta noche la verá casada.

Marq. Aunque de mi condicion
nunca he sido tierno, Flores,
que trompetas y tambores
siempre mis requiebros son,
he tenido compasion
de lo que os cuesta esa dama,

que ya Rosel suya llama;
si bien le debeis á ella
por influencias de estrellas
de vuestro aplauso la fama.
De los dos, si os quiere bien,
ella lleva lo peor,
que vos con vuestro valor
quedais casado tambien;
pues no os deja por desden,
quedad, Flores, consolado
del desvelo y del cuidado,
propio fin de los amores,
pues fue el fruto de esas Flores,
el ser vos tan gran soldado.
Que demas de la opinion,
qué consuelo puede haber,
como haber venido á ser
gloria de vuestra nacion?
Si los matrimonios son
cruces, por qué no estimais,
que la del rey merezcais,
pues donde, como sabeis,
de casaros la perdeis,
de Santiago la ganais?

LORENZ. Quién dará, señor, respuesta
á lo que sabeis decir?

MARQ. Callad, que hemos de asistir
juntos los dos á la fiesta,
que quiero ver quien os cuesta
tantas penas, capitan.

LORENZ. Vuestros favores podrán
templar solo mi dolor;
pero qué es esto? tambor?

ESCENA XV.

DICHOS, EL BARON, *tocan.*

BARON. Que los de Durén se van:
por la órden que me ha dado
señor, ahora, vuecelencia,

sale de Durén la gente.
MARQ. Y la plaza cómo queda?
BARON. Segura en vuestra palabra,
y esperando haceros fiestas,
cuando victorioso entreis.
MARQ. Baron, de esa heróica empresa
se le debe al rey la gloria,
lo que es de César á César.
El disgusto de Lorenzo
me ha dado cuidado y pena,
y el favorecerle aqui,
mas que obligacion, es deuda.
Capitan.
LORENZ. Señor.
MARQ. Callad,
y dejadlo por mi cuenta,
que la boda hemos de hacer.
LORENZ. Señor, y si no quiere ella?
MARQ. Andad, señor, que teneis
poca maña y gentil flema;
en palabras os fiais?
Cuando de vuestra edad era,
jamás fié en la palabra
sin que me dejasen prenda.
BARON. Hoy Juana será mi esposa:
amor, tus alas me presta! (*Vanse.*)

ESCENA XVI.

LORENZO *y* MARTIN.

MART. Qué ha dicho el marqués?
LORENZ. Que quiere
ver la novia, y que yo sea
el que le acompañe.
MART. Harás
una cosa muy discreta,
disimulando tus celos:
señor mio, aquesta perra
te ha dado con la de Rengo;
dale tú tambien con ella,

casándote con Teodora.

LORENZ. Lindo desatino fuera.

MART. Desatino, señor mio,
tener vasallos y rentas?
parece que se te olvida
aquello de las carretas?

LORENZ. Sabes Martin, cómo ha sido
Doña Juana? No te acuerdas
de haber visto, que un pintor
en una tabla bosqueja
con carbon una figura,
y luego pinta sobre ella,
y queda el carbon borrado?
Pues de la misma manera
con los esmaltes del oro,
que halló en Rosel su belleza,
cubrió el rústico bosquejo,
y fué borrando en la idea
aquella antigua memoria,
que echó las líneas primeras,
y así quedaron las sombras
vencidas de la riqueza.

MART. Que quisiera á un estrangero,
y que á tí no te quisiera!

LORENZ. Aunque es estrangero el oro,
es mineral de la tierra.
Ay Doña Juana adorada!
quién pensára y quién dijera,
que en tan divina hermosura
tanta ingratitud cupiera!

MART. Divina ahora la llamas?
no sino humana y terrena,
pues á barones se inclina.
Mira que el marqués te espera
para armarte caballero,
y cuando mal te suceda,
por lo menos podrás ir
á dar hábito á tu tierra,
que la cruz del matrimonio
no se da, que antes se lleva.

LORENZ. Vamos, Martin, á la orilla
murió mi amante firmeza. (*Vanse.*)

ESCENA XVII.

JUANA, TEODORA, LUCIA *y* D. JUAN.

JUANA. Furioso dolor, que en calma
teneis todos mis sentidos,
zelos, que son atrevidos
hasta en lo oculto del alma;
qué gloria! qué bien! qué palma!
que un hombre humilde quereis?
en perderle, qué perdeis?
en ganarle, qué ganais?
zelos, por qué me entibiais?
zelos, por qué me encendeis?
Con amenazas mi hermano,
ignorando que me ofende,
contra mi gusto pretende,
que al baron le dé la mano;
palabra le dió tirano,
que en rindiéndose Durén
sería su esposa, quien
vió tan gran desvarío
pues cruel, de mi albedrío
hoy quiere triunfar tambien.

LUCIA. Deja esas vanas memorias,
señora, y ten sufrimiento.

JUAN. Divina Teodora, en quien
cifró su luz todo el cielo,
el abril todas sus flores,
y el amor todo su imperio:
ya os ha dicho mi semblante,
señora, mi pensamiento,
si no esplicado á suspiros,
retórico en los silencios;
por vos reparad piadosa
mi razon, y mi tormento,
coronando de esperanzas
aquellos ricos trofeos,
que nadie sin vuestro agrado
llegar puede á merecerlos:

á vuestro hermano dí ahora
parte de tan noble intento,
y á vos mi causa remite:
vos sois el juez severo,
no juzgueis mi causa, cuando
solo un favor de los vuestros
puede hacer vanaglorioso
el delito de quereros.

TEODOR. Yo estimo, señor D. Juan,
esa humildad en descuento
de alguna oculta memoria
que le debeis á mi afecto;
y por que veais que yo
vuestra fineza agradezco,
cuando Rosel dé la mano
á vuestra hermana, os prometo,
que de vuestras esperanzas
tendrá fin el noble intento.

JUAN. Si solo en esto consiste
mi dicha, dadlo por hecho,
porque ahora se darán
las manos.

TEODOR. Si por tan cierto
lo teneis, yo os aseguro
de aquella fineza el premio.

JUAN. Albricias, fortuna mia:
señora, el partido acepto,
pues mi hermana, y yo dichosos
seremos á un mismo tiempo.

LUCIA. Finge, señora alegria.

JUANA. Murió para mí el contento.

ESCENA XVIII.

DICHOS, *y* BARON.

BARON. Pensé hallar mas regocijo,
señor D. Juan, que el que veo
en esta casa.

JUAN. La guerra
nos puso en tanto silencio,
que hoy nos quitamos las armas,

y la prevencion fue menos.
Pero qué mas regocijo
pudiera hallar en mi pecho,
que veros honrar mi hermana,
y ver que tambien merezco
á la divina Teodora?

BARON. La noble eleccion apruebo:

ESCENA XIX.

DICHOS, EL MARQUES y LORENZO *con hábito de Santiago.*

MARQ. Nunca os he visto cobarde
sino ahora; ea, acabemos,
entrad conmigo.

LORENZ. Ay amor!
porque vos lo mandais entro,
y en este cancél el caso
he de mirar encubierto.

BARON. Bello imposible.

JUAN. Tened,
que el marqués viene.

BARON. A qué efecto?

JUAN. Querrá honrar á sus soldados.

MARQ. Buenas noches, caballeros.

BARON. Sea, señor, bienvenido
vuecelencia.

MARQ. Poco os debo,
señor baron, en no haberme
convidado á este festejo,
pues sabeis cuanto os estimo,
y que siempre he sido vuestro.

JUAN. Para príncipe tan grande
nos pareció ser pequeño
este enlace.

BARON. Gran señor,
esa es la causa.

MARQ. Deseo
conocer á estas señoras.

JUANA. Señor, á servicio vuestro,
soy hermana de D. Juan,

MARQ. Preciaros podeis de serlo,
y el de vos, bizarra dama.
BARON. Vos venís á tan buen tiempo,
que nos casamos los dos,
honrad nuestros casamientos
siendo padrino de entrambos.
MARQ. Que es esta señora, pienso,
Madama Teodora.
TEODOR. E hija
del mayor servidor vuestro.
MARQ. Con todo estremo, Madama,
deseaba conoceros;
vos os casais?
TEODOR. Si señor.
MARQ. De tan venturoso acierto
doy parabien á Rosel.
BARON. No soy yo quien la merezco,
sino el capitan D. Juan,
la nacion trocado habemos,
y es Doña Juana mi esposa.
MARQ. Y está hecho?
BARON. No está hecho.
MARQ. Pues si no, yo traigo aqui
con quien casarla, supuesto
que ella le quiere, y le ha dado
palabra de casamiento.
LOS DOS. Qué, señor?
MARQ. Nadie se mueva,
que adonde está mi respeto,
está la razon tambien:
Flores?

ESCENA XX.

DICHOS, LORENZO.

LORENZ. Señor.
BARON. Qué es aquesto?
MARQ. Llegad, de qué estais temblando?
hombre que no tuvo miedo
de asaltar una muralla,

con mil balas á los pechos,
y que mató en desafio
tres ingleses cuerpo á cuerpo,
su patria honrando, por quien,
sin otros servicios hechos,
tiene en el pecho esa cruz,
no se atreve á un casamiento?

LORENZ. Señor...

MARQ. No me digais nada:
D. Juan.

JUAN. Señor.

MARQ. Cuanto os debo,
os pago en daros cuñado
de tanto merecimiento,
que le diera yo una hermana
por la fé de caballero:
dénse la mano los dos.

JUAN. Señor no puede ser eso
por una causa.

MARQ. Qué causa?

JUAN. Porque yo á Teodora pierdo,
si no se casa el baron.

MARQ. No hará tal, si se lo ruego.

TEODOR. Yo os tengo de obedecer,
solo porque es gusto vuestro;
esta es mi mano, D. Juan.

BARON. Señor, que advirtais os ruego,
que es mi esposa Doña Juana,
y que á Flandes por concierto
vino á casarse conmigo,
y que contra mi respeto
no ha de intentar vuecelencia
un desaire, pues primero
daré la vida á un cuchillo.

MARQ. Tened: estareis contento
con que ella declare á quien
quiere por su esposo?

BARON. Es cierto.

MARQ. Pues ya, señora, eso aguardo,
decidlo, no tengais miedo,
que aqui estoy para ampararos.

JUANA. Señor, mi esposo es Lorenzo.

LORENZ. Por ella vine á ser mas,
y puse mi vida á riesgo.
MARQ. Vos teneis famoso gusto,
que yo me hiciera lo mesmo.
LORENZ. Esposa, llega á mis brazos.
JUANA. Logre los mios el premio.
MARQ. Bien se ha hecho, yo salí
famoso casamentero.
LORENZ. Solo el baron no se casa,
que es propio de los terceros.
BARON. Mejor quedo sin casarme.
MART. Y yo sin casarme quedo!
LORENZ. Si por lograr el aplauso
de mi enamorado dueño,
dejé la ruda corteza
en los montes de Toledo,
si audaz arriesgué la vida
en busca de aplauso eterno,
qué mucho, que por corona
de tan estraños esfuerzos,
completando mis venturas
os pida el aplauso vuestro?

FIN.

TITULOS DE LAS OBRAS.	ACTOS.	AUTORES.	RS.
El Escondido y la Tapada (r)	3	Sres. Asquerino (D. Eduar.)	8
Faltas juveniles. (a)	3	La Cueva.	8
Una conjuracion femenina. (o)	1	Navarrete.	4
Indicios vehementes. (o)	1	Navarrete.	4
El suplicio de Tántalo. (a)	1	Diaz Tezanos.	4
El chal de cachemira (a)	1	Diaz Tezanos.	4
Lorenzo me llamo y Carbonero de Toledo. (r)	3	Asquerino (D. Eduar.)	8
Amar despues de la muerte. (r)	3	Asquerino (D. Eduar.)	8
Una mujer misteriosa. (o)	3	Navarrete.	8
Cuál es mayor perfeccion? (r)	4	Asquerino (D. Eduar.)	8
Fausto. (o)	5	Asquerino (D. Eduar.)	8
Reinar despues de morir. (o)	3	Asquerino (D. Eduar.)	8
A secreto agravio secreta venganza (r)	3	Asquerino (D. Eduar.)	8
El caballero feudal. (o)	3	Asquerino (D. Eus.)	8

PUNTOS DE VENTA.

Madrid: ***librerias de Cuesta, Malute, Publicidad, Monier y Villaverde.***

PROVINCIAS.

Albacete.	Serna.
Alcoy.	Martí é hijos.
Algeciras.	Muro.
Alicante.	Ibarra.
Almeria.	Vergara y Compañia.
Aranjuez.	Sainz.
Avila.	Gayoso.
Badajoz.	V. de Carrillo.
Barcelona.	Sauri.
Barcelona.	Oliva.
Bilbao.	Astuy.
Burgos.	Hervias.
Cáceres.	Valiente.
Cádiz.	Moraleda.
Córdoba.	L. de la Torre.
Cuenca.	Mariana.
Castellon.	G. Otero.
Ciudad-Real.	Gonzalez.
Coruña.	Perez.
Carmona.	Moreno.
Cartagena.	Moreno.
Chiclana.	Sanchez.
Ecija.	Gimenez.
Ferrol.	Tajonera.
Gerona.	Viuda de Grases
Gijon.	Ezcurdia.
Granada.	Zamora.
Guadalajara.	Perez.
Haro.	Quintana.
Huelva.	Osorno.
Huesca.	Guillen.
Jaen.	Valero.
Jerez.	Bueno.
Leon.	Viuda de Miñon.
Lérida.	Sol.
Lugo.	Pujol y Masía.
Lorca.	Delgado.
Logroño.	Verdejo.
Loja.	Cano.
Málaga.	Moya.
Málaga.	Casilasi.

Murcia.	Adrion.
Motril.	Ballesteros
Mérida	Arauna.
Manzanares.	Gomez Pardo.
Mondoñedo.	Delgado.
Medina del Campo.	Velayo.
Orense.	Ferrer.
Oviedo.	C. Fernandez.
Osuna.	Montero.
Palencia.	Gutierrez é hijos.
Palma.	Gelabert.
Pamplona.	Garcia.
Pontevedra.	Cubeiro.
Puerto de Santa Maria.	Valderrama.
Reus.	Prins.
Ronda.	Moreti.
Sanlucar.	Esper.
S. Fernando.	Meneses.
Sta. Cruz de Tenerife.	Bonnet.
Santander.	Carabantes.
Santiago.	Sanchez y Rua.
Soria.	Rioja.
Segovia.	Alejandro.
S. Sebastian.	Garralda.
Sevilla.	Hidalgo.
Salamanca.	Torres.
Tarragona.	Puygrubi.
Toro.	Tejedor.
Toledo.	Hernandez.
Teruel.	Castillo.
Tuy.	Martz. Gonzalez
Talavera.	Bidarte.
Valencia	M. Garin.
Valladolid.	Bassó.
Vitoria.	Echavarría.
Vigo.	Fernandez Dios
Zamora.	Pimentel.
Zaragoza.	Gallifa y Coronas.